

# LA MODA ELEGANTE

PERIÓDICO ESPECIAL DE SEÑORAS Y SEÑORITAS, INDISPENSABLE EN TODA CASA DE FAMILIA

Administración: Alcalá, 23, Madrid.

Madrid, 14 de Septiembre de 1893.

Año LII.—Núm. 34.

## SUMARIO.

TEXTO.—Revista parisiense, por V. de Castelfido.—Explicación de los grabados.—Marilynda (continuación), por D.<sup>a</sup> Isabel Cheix.—¡Bonitas pascuas! por D. Mariano Ortega.—Padres é hijos, por M. O. B.—Prácticas sociales (continuación), por D.<sup>a</sup> Salomé Nuñez y Popete.—Las campanas, poesía, por D. Antonio Zozaya.—La salida del trabajo, por Aurora.—Correspondencia particular, por D.<sup>a</sup> Adela P.—Explicación del figurin iluminado.—Explicación de los dibujos para bordados contenidos en la Hoja-Suplemento.—Sueltos.—Anuncios.

GRABADOS.—1 y 2. Trajes de calle para señoras y niñas.—3. Traje de *château*.—4. Traje de visita.—5. Sombrero de pascas.—6 á 9. Vestidos para niñas de 6 á 7 años y para niños de 1 á 3 años.—10. Traje de pascas.—11. Vestido á estilo Imperio para niñas de 2 á 4 años.—12 y 13. Esclavina de encaje y bengalina.—14 y 15. Vestido para niñas de 6 á 8 años.—16. Traje de calle.—17. Traje de otoño.—18 á 21. Trajes de entretiempo.—22 y 23. Enagua para falda de campana.—24 y 25. Vestido bordado para niñas de 2 á 3 años.—26 á 28. Tapete pequeño.—29 y 30. Traje para señoras de cierta edad.—31. Traje para señoras jóvenes.—32 y 33. Traje para señoritas.

## REVISTA PARISIENSE.

### SUMARIO.

Prorrogación del verano.—París en los baños.—Los vestidos de campana y las modas de 1830.—Un poco de eclectismo.—Dos modelos muy prácticos.—Las tunicas judías.—Indicación sobre los abrigos del próximo invierno.—Perfumes y perfumistas.—Ernestina se escribe con R.—Por qué el pan tierno se vuelve duro.

CONTINÚAN los vestidos ligeros, las telas claras. Así lo exige este verano interminable. Nuestras bellas elegantes, que están en plena temporada de baños de mar, asiduas á las carreras de caballos de la costa normanda, no quieren oír hablar de trajes oscuros que anuncia el invierno, ni siquiera el otoño, y no sueñan sino con vestidos de batista, de seda *Liberty*, de muselina y de gasa de seda.

El papel de la cronista de modas en este momento consiste, pues, en referir las preciosidades que le es dado admirar en sus excursiones á las playas donde se da cita la *high life* parisiense.

Estos modelos podrán copiarse para los convites íntimos y para las reuniones campestres, que van á inaugurar la temporada de otoño con la vida de *château*.

Siguen llevándose las faldas de campana hechas de *surahs* tornasolados, de lanillas puntilladas, atigradas, *chânés* y de sargas, y las mangas voluminosas, coronadas de volantes, de esclavinas y cuellos inverosímiles. En una palabra, el ideal de la moda actual parece ser la imitación, en sus líneas principales, del traje que se llevaba en 1830. Hasta las confecciones dejan menos facilidad en los movimientos, observándose la tendencia á esos hombros caídos que sólo realzan los cuellos y los adornos de que ya he hablado.

Pero lo más prudente, á mi parecer, será no aventurarse demasiado en esta vía: Vale más contentarse con un estilo menos exagerado, más tranquilo y más corriente.

Ponzo por ejemplo, el siguiente vestido de velo «castor» que es de un corte interesante.

Consiste en una túnica judía cortada de una tela de 3 metros 50 centímetros de ancho. Se extiende sobre una superficie llana un cuadro de tela de 3 metros 50 centímetros por todos sus lados, se le redondea en forma de pantalla y se corta en medio la escotadura de la parte superior del vestido, por la cual se pasa la cabeza, y después no hay más que preparar las sisas y los pliegues sobre el cuerpo. Para formar los pliegues de la espalda y del delantero se hacen unos ojales, por los cuales pasa la cinta ó el cinturón plegado. La abertura del escote descansa sobre un camisolín de seda tornasolada de cuadritos y un bordado de cequies verdes formando galón en el borde del vestido y alrededor del escote. Una cinta ó un bias pasa en torno de la cintura y remonta cerca de los omoplatos, para fijarse bajo dos escarpelas. Tal es el secreto de este traje, de un aspecto muy original y de fácil ejecución.

Si no se dispone de una tela que se preste á este corte particular, se puede hacer la túnica cortando un paño de delante y otro de detrás, y completándolos con unas puntas para dar á la falda el vuelo necesario.

Por las tunicas judías son sumamente cómodas, y hay señoras olvidan lo que son elegantes, que no llevan otra forma. Se —Capaz será



1 y 2.—Trajes de calle para señoras y niñas.

don  
vara de

varían los camisolines y los cinturones, y se puede ir muy bien vestida sin grandes complicaciones.

He aquí otro traje de estilo diferente. El vestido es de piel de seda color de marfil, y va guarnecido de una aplicación de tul bordado de oro y azabache. En el borde inferior se pone una tira ancha de tul aplicado con un galón de lentejuelas formando cabeza. Por encima de esta tira de tul se pone otra más estrecha. El cuerpo va abrochado con corchetes bajo el brazo y en el hombro, y guarnecido de dos especies de alas cortadas en forma de pantalla, de terciopelo verde musgo forrado de seda verde agua. Cinturón de *surah* verde, y mangas cubiertas de tul bordado.

Este traje, hecho para asistir á las carreras de caballos, puede servir, más adelante, para comida ó *soirée* de confianza.

Las faldas serán menos anchas este invierno. Hay quien dice que serán estrechas; pero todos estos pronósticos son prematuros, y no puede afirmarse nada aún sobre este punto.

Los cuerpos van siempre remetedos en la falda, y en muchos casos no se cubre siquiera la cintura de la falda con un cinturón ó una cinta, ni se la guarnece con un vivo; se remeten simplemente las dos telas, forro y tela de encima, en una otra. Lo general es que los adornos del cuerpo-corselillo de bordado, pliegues, galones, etc., caigan ligeramente alrededor de la cintura haciendo las veces del cinturón.

Las aldetas añadidas, cortadas en forma de pantalla, se llevan también; pero se prefieren las cinturas redondas.

Se llevará mucho más la chaqueta larga que las capas ó las esclavinas, porque la chaqueta se presta mejor al carácter de estas modas, resuscitadas del tiempo de Luis Felipe, que van á hacer, según parece, nuestras delicias. Pero no hay todavía nada decidido. Aguardemos.

La elección de un buen perfume es siempre una cuestión delicada de resolver. Es necesario para ello tener un poco de iniciativa. Pero el conocimiento de una perfumería de primer orden, como la de Guerlain, 15, rue de la Paix, facilita considerablemente esta tarea.

Guerlain nos ofrece un notable surtido de olores, todos de buen tono, entre los cuales pueden escogerse los que se adaptan á gusto personal de cada una, teniendo en cuenta las circunstancias en que el perfume ha de emplearse. El invierno exige los perfumes suaves, y el verano los más frescos. El baile permite un olor más acentuado que la intimidad de un saloncito.

Para el resto de la perfumería, mis lectoras pueden fiarse de los informes que da escrupulosamente la casa de Guerlain. Ya se trate de suavizar el cutis, de esclarecer la tez ó de conservar la belleza de las manos, de los cabellos ó de la dentadura, pueden escoger, con arreglo á sus indicaciones, entre el Agua de Colonia Rusa, el Hydral aromático, la Excelencia, el Agua de Colonia Hegemoniana, la Crema de fresa, la Crema emoliente de jingo de colombos, el Sapoceti, la Grandina, la Pasta de Terciopelo, la loción, el Agua lustral, el Alcoholato de berro y de coclearia, los Polvos de Cypriis, etc., etc.

Una joven entra en un almacén de novedades para comprar varios pañuelos de bolsillo.

—Yo los quisiera con mi inicial—dice al dependiente.

—¿Qué letra?—pregunta este último.

—Una R.

—Al verla tan linda, tan graciosa—exclama un cliente que pasa—es fácil adivinar que se llama usted Rosa.

—No, señor—replica la joven;—me llamo R... nestina.

Un muchacho entra en una panadería.

—¿Tiene usted pan duro?

—Sí, ahí tienes varias libras.

—Bien hecho—responde el pilluelo echando á correr;—debía usted haberlo vendido cuando estaba tierno.

V. DE CASTELFIDO.

Paris, 8 de Septiembre de 1893.

## EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS.

### Trajes de calle para señoras y niñas.—Núms. 1 y 2.

Núm. 1. *Traje para señoras jóvenes.*—Vestido de lana verde almendra con lunares blancos, adornado con un peto y un corselillo de guipur blanco y un cinturón de cinta de raso verde almendra anudado en el lado izquierdo.—Sombrero de paja negra, adornado con un lazo de raso verde almendra.

Núm. 2. *Traje para niñas de 7 á 9 años.*—Vestido de lanilla encarnada con rayas blancas *chindés*. Canesú de guipur. Un volante de la misma tela del vestido, puesto con muy poco vuelo, adorna el borde inferior.—Sombrero de paja encarnada, guarnecido de un lazo de cinta encarnada y verde musgo.

### Traje de château.—Núm. 3.

Se hace este traje de paño verde y piel de seda color habano. El vestido propiamente dicho es de paño verde cardenillo, y las solapas, las hombreras y el volante ancho de la falda son de piel de seda color habano. Todas las partes de seda van adornadas con un bordado blanco, que produce un efecto muy brillante. Las hombreras se prolongan en la espalda, figurando una esclavina corta, y terminan en una punta cerca de la cintura. El cuello va adornado también de bordados blancos. El cuerpo es de una sola pieza con la falda; el volante ancho va guarnecido por encima de dos

volantitos y de tres por debajo. Las mangas, que sólo llegan hasta poco más abajo del codo, llevan en lo alto un bullón de paño, desde el hombro hasta la sangría, cuyo bullón va medio cubierto por la hombrera de piel de seda bordada.—Sombrero Directorio de paja de arroz negra cocida, adornado con tres plumas, una negra y dos blancas. Sobre el ala van dos escarapelas, una negra y otra blanca, y por debajo del ala una escarapela color crema. Brides de raso del mismo color.

### Traje de visita.—Núm. 4.

Vestido de raso maravilloso verde y *Ofelía*, brochado de dibujos blancos. Chaqueta figurada, y puños altos de guipur blanco. Cinturón-corselillo de cinta *Ofelía*.—Sombrero de paja encaje verde con lazo de cinta *Ofelía*.

### Sombrero de paseo.—Núm. 5.

Este sombrero es de paja amarillenta y muselina de seda color crema. Sus adornos consisten en plumas de avestruz color crema y lazos de raso del color de la paja.

### Vestido para niñas de 6 á 7 años.—Núms. 6 y 9.

Se hace este vestido de bordado color crema sobre viso de faya color de rosa de Bengala, y se le adorna con un cinturón de cinta ancha de este último color, anudada en el lado derecho.

### Vestido para niños de 1 á 3 años.—Núms. 7 y 8.

Este vestido es de crepón de lana azul celeste, y va adornado con un cuello vuelto de encaje crema y con un cinturón de piel natural.

### Traje de paseo.—Núm. 10.

Este traje es de crepón blanco de lana. Falda de campana, adornada con tres entredoses de encaje blanco montados sobre transparente de seda color de musgo. Cuerpo montado en fruncidos, con cabeza que sale de un entredós de encaje sobre viso color de musgo. Canesú de encaje blanco. Tirantes de cinta color de musgo, hechos de dos cintas fijadas por delante bajo unas rosáceas y formando en la espalda una punta bajo una rosácea. El canesú de encaje existe solamente por delante. Rizado de cinta color de musgo. Manga corta, hecha de cinco volantes. Cinturón de cinta abrochado con corchetes bajo un lazo por delante.—Sombrero de paja derada, abierto por delante en dos puntas enrolladas en forma de vueltas. Penacho de florecillas.

Tela necesaria: 7 metros de crepón de lana, de un metro 20 centímetros de ancho.

### Vestido de imperio para niñas de 2 á 4 años.—Núm. 11.

Se compone de una blusa de lana azul pálido, fruncida á un canesú plegado de *surah* azul, en la parte inferior del cual pasa un entredós de terciopelo granate bordado blanco y azul. En cada lado de los delanteros sube un grupo de fruncidos por encima del cinturón, bajo unas rosáceas de cinta. En la espalda los pliegues salen línea recta del cinturón. Cuello bordado. Manga ancha, que cae sobre una manga de codo con cartera.

### Esclavina de encaje y bengalina.—Núms. 12 y 13.

Se compone de un volante de encaje negro, montado sobre un canesú pequeño redondo. En el escote, cuello doble de bengalina negra, cortado en forma de pantalla y dispuesto de manera que forme una especie de rizado doble, cortado en el centro por una cinta de raso negro. La esclavina va cerrada en el centro del delantero con una escarapela y dos caídas de la misma cinta.

Tela necesaria: 2 metros 50 centímetros de volante; un metro 75 centímetros de bengalina, y 3 metros de cinta.

### Vestido para niñas de 6 á 8 años.—Núms. 14 y 15.

Este vestido es de tela de mil rayas color de malva y blanca. Unos bieses de lanilla lisa color de malva adornan el borde inferior de la falda. Dos bieses iguales forman cinturón. Cuello valona de encaje.

### Traje de calle.—Núm. 16.

Vestido de lanilla gris plata con lunares negros, compuesto de una falda cubierta de cuatro volantes anchos de la misma tela, terminados cada uno en una cinta de seda negra, cuyos volantes descansan en otros cinco volantes estrechos de tela igual, que forman la parte inferior de la falda, y un cuerpo fruncido sujeto en la cintura con una cinta negra anudada en el lado izquierdo. Mangas semibullonadas, que terminan, como la falda, en cinco volantitos. El cuerpo va completado con una esclavina de lanilla, ribeteada de dos cintas negras. Un rizado doble rodea el cuello.—Sombrero de paja color de maíz, cubierto de un tableado de tul de seda negro. Cintas de faya, también negras, de donde sale una guirnalda de flores color de rosa y violeta.

### Traje de otoño.—Núm. 17.

Vestido de lanilla color Parmentier, guarnecido de cintas de terciopelo color de escarabajo. Falda circundada de seis cintas de terciopelo de tamaños graduados. Cuerpo remetedo en un cinturón de cinta de terciopelo, con fichú *María Antonieta*, plegado, cruzado sobre el pecho, sujeto á cada lado bajo el brazo y guarnecido de una cinta de terciopelo núm. 5. Unas cintas iguales rodean los puños.—Sombrero de paja de arroz negra, ribeteado de pluma negra y adornado con una *aigrette* de la misma pluma y cinta color de musgo.

Tela necesaria: 7 metros de lanilla, de un metro 20 centímetros de ancho.

### Trajes de entretiempo.—Núms. 18 á 21.

Núms. 18 y 21. Vestido de lanilla gris plata, guarnecido de galones de pasamanería de seda gris plata, mezclada de cuentas de acero. El delantero, en forma de chorrera, es de muselina de seda blanca.

Núms. 19 y 20. Vestido de crepón de lana color habano claro, adornado con encaje crudo bordado de torzal color de bramante. El cuerpo va guarnecido de dos valonas de encaje. Cinturón de terciopelo.

### Enagua para falda de campana.—Núms. 22 y 23.

La fig. 1 de la *Hoja-Suplemento* al núm. 13 de LA MODA corresponde á este objeto.

Se corta esta enagua de seda ó de lanilla, entera, por la fig. 1; se la forra, desde el borde inferior hasta la línea, con tela igual, y se la respuntea cinco veces, tres y dos veces sobre unos cordones (véase el dibujo que representa el interior de la enagua), y por detrás, sobre las líneas dobles, para pasar un aro. Se reúne la enagua desde 1 hasta 2. Para el volante se corta un paño de 3 metros de largo y 45 centímetros de alto; se fija en el borde inferior de este paño un volante de la misma tela, de 20 centímetros de alto, y se cose el primer paño sobre la línea de la enagua, desde el punto doble hasta el punto doble. Se cose por el interior de la enagua sobre las líneas, desde la estrella hasta la estrella, unos pedazos de forro, puestos dobles, de 2 centímetros de ancho, y se les provee de ojetas para pasar una cinta que sirve para sujetar la enagua. Se hacen las pinzas en la enagua; se la pliega, fijando cada cruz sobre un punto, y se la guarnece con un cinturón.

### Vestido bordado para niñas de 2 á 3 años.—Núms. 24 y 25.

Para la explicación y patrones, véase el núm. III, figuras 23 á 28 de la *Hoja-Suplemento* á nuestro número anterior.

### Tapete pequeño.—Núms. 26 á 28.

La fig. 48 de la *Hoja-Suplemento* á nuestro número anterior corresponde á este objeto.

Se hace el tapete de cañamazo color masilla, y se le adorna con un bordado al punto llano. Se aplica sobre el fondo del medio un pedazo de faya marrón obscuro, de 29 centímetros en cuadro. El bordado se ejecuta con sedas de diferentes colores y cordón de oro de mediano grueso. Se borda el dibujo del medio sobre un cañamazo, cuyos hilos se sacan con arreglo al dibujo 28, en el cual van indicados los colores. Se cuenta para cada cuadro un punto sobre dos hebras. Se pasa el borde inferior recto de la cenefa sobre la tela (véase el dibujo 27), y los dientes del borde exterior por la fig. 48. Para hacer este bordado se emplean los mismos colores que para el bordado del medio. El fondo libre de la cenefa dentada va lleno con unas hileras apretadas al punto llano, para las cuales se hace, alternativamente, una hilera con cordón de oro, sobre 4 hebras de altura, después de una hebra de intervalo, y una hilera con seda bronceada sobre 2 hebras de altura. Se ribetean las hileras con puntos de pespunte hechos con seda aceituna. El tapete va forrado de tafetán.

### Traje para señoras de cierta edad.—Núms. 29 y 30.

Vestido de crepón negro con cinturón y peto de azabache. El cinturón termina en un fleco largo.

### Traje para señoras jóvenes.—Núm. 31.

Vestido de velo de lana azul, guarnecido de entredoses de encaje. Cuello plegado, y escarapelas de cinta de raso color de pizarra.

### Traje para señoritas.—Núms. 32 y 33.

Vestido de lanilla color de rosa antiguo. Tres bieses graduados de la misma tela adornan la parte inferior de la falda. Cinturón plegado y berta de bengalina tornasolada color de rosa antiguo y color de malva.

## MARILINDA.

Continuación

XV.



UNA semana después de la muerte de don Diego, la tía Jeroma, vestida de riguroso luto, atravesaba cojeando la plaza de la Iglesia, cuando se cruzó en su camino con Marusa, la posadera.

—¡Ei...!—exclamó ésta con una carcajada.—Vivir para ver; ¿quién la conoce tan retocompuesta y empervejada, como santo de romería?

—Pues, hija, la misma soy—repuso la vieja un poco avispada.—cuando una se ha criado en buenos pañales, pronto se halla en la holgura como pez en el agua.

—¡Ya lo creo!—contestó burlonamente Marusa.—Lo que es á usted le han venido de perilla los disgustos de los Manrique.

—Bastante los he sentido, y á haber podido remediarlos, no llegarían á donde llegan—murmuró hipócritamente la zurcidora de enredos.

—¿De modo que la madre y el hijo...?

—Ni se ven, ni se oyen, ni se entienden; ni, á lo que creo, volverán á hablarse en toda su vida.

—¡Jesús mil veces! Pues sepa usted que eso es una *individa*; ¿ha de considerarse delicto digno de castigo tan grande el querer á una real moza que tiene el alma todavía mejor que la cara?

—Hija, para la señora no cabe mayor; así hace lo que hace....

—¿Y qué es ello?—interrumpió Marusa en el colmo de la curiosidad.

—¡Toma! lo primero, prohibir á todos los capataces de sus cortijos que presten ningún socorro á Dorito, ni mucho menos le permitan vivir en las fincas....

—Pues si cumplen orden tan injusta son unos bribones de siete suelas.

—La cumplirán por la cuenta que les tiene, ellos



3. — Traje de château.

Copyright, 1883, by Harper and Brothers.

que si se muestran rehacios, D.<sup>a</sup> Luz los despide sin cumplidos de ninguna clase; al de las Arenillas, que se vino con retóricas, le ha hecho cargar con el hato y marchar más que de prisa.

—¡Huy! la mayorazga tiene los malos en el cuerpo; ¡cuidado con despedir á un viejo que lleva más de cuarenta años sirviéndola!

—Por lo mismo, Marusa, por lo mismo; los criados antiguos olvidan lo que son, y quieren hombrarse con los amos.

—Capaz será usted de defender á esa picara madre! Lo

bueno que tiene es que conocemos la tela, y que estamos al cabo de por qué le parecen bien sus *judiadas*.

—Mira, Marusa, échate un candado en los labios, si no quieres que tengamos un disgusto de los gordos; deber de criada fiel es volver por quien le da el pan.

—La verdad es que á mi nada me importan los negocios de la mayorazga, y que no he de ser como la judía de Zaragoza, que cegó llorando duelos ajenos; pero, en fin, ¿qué es de Dorito? Nadie le ha vuelto á ver desde que murió su padre.

—No te alijas por él; que bueno y sano está, muy guardadito en casa del Rector, que ni por atención se ha dignado visitar á la viuda; baste decir que hasta para los funerales ha tenido que entenderse con el teniente cura.

—¿De modo que el Rector se disgustó de una vez con D.<sup>a</sup> Luz?.....

—Nunca han estado muy á río lleno, porque mi señora no consiente que nadie mande en su casa.

—¿Y está la viuda! ¡Lástima que el bendito de don hubiera aplacado los humos con una vara de

fresno! Pero que tenga cuidado; Dios escribe derecho con líneas curvas, y si consiente, no es para siempre. Lo que es yo, si fuera Dorito, sólo por dar un mal rato á quien así lo trata, me casaba no una, sino diez veces, con la hija de José Juan.

—Al fin y postre, en eso vendrán á parar tales devaneos—repuso con enoñado desdén la vieja;—pero Marilinda hace mal negocio: creyó llevarse el más rico del pueblo, y se lleva un hampón que no tiene ni un palmo de terreno suyo: D.<sup>a</sup> Luz lo ha desheredado.

—Cuando Dios quiere castigar á uno, le quita el juicio—dijo intencionadamente Marusa;—porque locura rematada es arrojar así un hijo del corazón, que, aparte de lo del enamoramiento, es bueno como el pan. Tía Jeroma, repito lo de antes: vivir para ver, que no se ha de quedar esa soberbia sin castigo.

La vieja se encogió de hombros y nada contestó; el terreno de la conversación se iba haciendo tan resbaladizo, que le pareció oportuno cortarla bruscamente.

—Pero, ¡Jesús mío!—exclamó de pronto como si recordara algo—aquí me estoy muy tranquila, y la señora me aguardará impaciente. Adiós, Marusa, hasta otra vez.

—Vaya usted con Dios—repuso irónicamente la posadera, mientras añadía por lo bajo:—¡Merceda que hubiera una Inquisición, para quemar á todas las viejas chismosas como esa tunanta!

Y siguió con los ojos á la mujer de *Papaila*, que, andando todo lo de prisa que su cojera le permitía, desapareció en el ancho portón del palacio, mientras la posadera le enfilaba en voz baja una sarta de improperios.

## XVI.

La opinión pública de C... estaba muy dividida: la gente imparcial y sensata daba la razón á Dorito; afeaba la conducta de D.<sup>a</sup> Luz y comentaba sus disposiciones. Los mozos, amigos todos de Salvador, se condolan de la precaria situación de éste, arrojado desde lo más alto de la riqueza al abismo sin fondo de la miseria, imposible de soportar para el que, acostumbrado á las comodidades de la vida, no sabía oficio alguno con que hacer frente á las apremiantes necesidades de su situación.

Las mozas del pueblo, agraviadas por la elección de Manrique, hacían coro á sus madres para celebrar la firmeza de la mayorazga, y hasta hubieran querido que el Alcalde prendiera á Dorito, con tal de tenerlo seguro y que la forastera no se lo llevara. Entre tantas habillitas, Marilinda continuaba perdiendo el único tesoro de la doncella pobre, su honra; pues la malicia, innata en los campesinos, llegaba hasta á suponer flaquezas que ni en el pensamiento de los dos jóvenes existieron jamás.

Hacia muchos días que la hija de José Juan no veía á Manrique; sabía, como todos, la muerte de su padre extrañaba tal ausencia; pero sentía tristeza profunda y raba sin consuelo. Ignorante de cuanto sucedía, pues nadie trataba, el pensamiento de lo que sufría su protector la sumía en honda amargura. José Juan hubiera querido visitar al heredero en las tristes circunstancias por que atravesaba, pero la urgente necesidad del trabajo diario le impedía hacerlo. Experimentaba al mismo tiempo la cordedad de su pobreza y el temor de presentarse en la casa más rica del pueblo sin saber cómo le recibirían: así dejaba de un día para otro la difícil entrevista, y bien le venía tal retraimiento, pues de llegar al palacio, no habría faltado quien más ó menos caritativamente le revelase lo que sucedía.

—Mañana irá—se decía cada noche.

Pero surgían dificultades, y por un acaso providencial José Juan no veía á Dorito.

—Salvador es demasiado bueno—repetían en tanto sus convecinos;—debia poner á D.<sup>a</sup> Luz por justicia, y sacar al menos la legítima de su padre.

—Eso, eso—afirmaba el escribano, frotándose las manos de gusto ante la perspectiva de un pleito.

—No lo hará, aunque tenga que cavar la tierra para comer—respondían los que más á fondo conocían el desprendido carácter de Manrique;—su madre obrará como quiera, pero él no dejará de ser buen hijo.

—Eso pierda—murmuraba el escribano;—la pandilla que la mayorazga ha metido en su casa concluirá con cuanto hay en ella.

En tanto Dorito continuaba en la vivienda del Rector, que le animaba y consolaba como un padre. Examinábase en la soledad, y pesaba con la inflexible balanza de su buen juicio el sentimiento que le arrastraba á Marilinda, convenciéndose pronto de que era una pasión tan sincera como imposible de vencer. En esta seguridad se confió á su anciano amigo; le pintó sus afectos con la viveza que ellos mismos le inspiraban, y su situación tal como era, y el sacerdote, enternecido, sólo se atrevió á pedirle tiempo para reflexionar antes de contestarle.

Pero la tregua solicitada tenía un doble objeto: el primero, observar al joven hasta convencerse si aquel amor era en realidad como Dorito afirmaba; y el segundo, averiguar si Marilinda era digna de él. ¿Cómo permitir que el niño que le había bautizado, y á quien amaba con ternura, fuese engañado en asunto tan serio, y fiara la ventura de su vida á una persona en cuyo pasado hubiera la sombra más leve? Así, escribió á un antiguo compañero, párroco entonces de la aldea donde había nacido la muchacha, y los informes que pedía fueron tales, que realzaron el mérito de la doncella y justificaron la pasión del hijo de la mayorazga. Alegre el Rector, y convencido de que la riqueza sola no da la felicidad, aprobó la elección de Dorito, y aconsejó á éste que, pues su intención era casarse con Marilinda, debía hacerlo cuanto antes, á fin de impedir que la murmuración continuara ocupándose de la que iba á llevar su nombre.

¿Cuánto consuelo derramaron en el corazón del afligido mozo estos suaves consejos! Propuesto á seguirlos, discutió punto por punto con el Rector el rumbo que tomaría, le confió la posesión del piquenísimo tesoro que le dió su padre en la última entrevista, y ambos convinieron emplearlo en la compra de un molino.

—No te arrepentirás nunca de tu resolución, hijo mío?—le preguntó el sacerdote.—¿Cuántas con suficiente valor para servir á tus vecinos, después de haberte dejado servir por ellos, y sufrir sus impertinencias trabajando sin descanso?

—Señor Rector—contestó Dorito—me ha hecho padecer tanto el orgullo de raza, que he llegado á convencirme de que la verdadera nobleza está en el corazón y no en los pergaminos. Creo que seré un pobre trabajador, más contento de mi suerte que cuando era *único heredero*.

—Mi opinión, sin embargo que aplaudo tus honrados pensamientos, es que debes reclamar á tu madre algo de lo que te pertenece.

—No lo permita Dios! Quédele al menos la fortuna, ya que ha de faltarle el hijo, aunque bien sabe usted que mi mayor deseo sería que aprobara mi elección y viviéramos todos en paz.

—Renuncia á esa esperanza, al menos por ahora; sólo el tiempo y la fuerza de los desengaños que reciba harán ceder á tu madre.

—¿Debo esperar el fin del luto ó casarme antes?

El Rector reflexionó algunos momentos.

—Basta que aguardes tres meses—dijo al fin;—pero como la hoguera está ardiendo y la menor imprudencia añadiría leña al fuego, abstente de ver á Marilinda hasta que puedas declararle tu amor y saber si te corresponde. ¡Que nadie tenga derecho á decir con justicia nada de ella!

## XVII.

Las suaves auras de primavera sacudían las floridas ramas de los almendros, manzanos y perales; los valles y oteros se cubrían de verde musgo salpicado de lirios azules y blancas margaritas. Todo en la Naturaleza se embellecía rápidamente para celebrar la llegada de la estación más hermosa del año, y mensajeras de ella, ya las golondrinas empezaban á labrar sus nidos de barro.

Sentada á la puerta de su casa, bajo el empujado que empezaba á cubrirse de tiernos renuevos, Marilinda repasaba la ropa blanca que contenía un gran cesto de mimbres colocado á su derecha; pero mientras los ágiles dedos se ocupaban activamente de la monótona labor, el pensamiento volaba lejos, muy lejos de allí.

¿Cuánto tiempo hacía que la presencia de Salvador Manrique no trazaba un rayo de luz en su solitaria existencia, y cómo le era cada hora más insostenible el aislamiento y tristeza de aquel nido donde tan alegre entró! Verdad que se justificaba la ausencia del heredero por la desgracia de su padre; pero, ¿acaso la misma desgracia aumentaría de modo sus quehaceres y obligaciones que no le dejarían en adelante ni un momento que dedicar á sus pobres amigos de otros días?

Y aunque así fuera, ¿tenía derecho á quejarse? ¿Qué podía haber de común entre ellos, colocados por la suerte á los dos extremos de la escala social? Bien que por caridad les hubiera favorecido durante la penosa enfermedad que ella sufrió; pero recobrada la salud, había terminado su benéfica misión. Nada más natural; y sin embargo, ¿qué pena le causaban tan tristes reflexiones!

Aquella tarde se hallaba más desconsolada que otras: allá en el fondo de su corazón, casi, casi experimentaba deseos de enfermarse otra vez, á trueque de que Dorito volviera á interesarse por ella. Precisada á disimular y hasta á fingir alegría delante de José Juan, aprovechaba el estar sola (pues el cominero aun no había vuelto de su viaje diario) para derramar ardientes lágrimas, que antes hubiera muerto de vergüenza que confesar se las arrancaba el silencioso amor que le abrasaba el pecho, y dejase á sí misma, con la muda voz del sufrimiento, que su casual venida á C... le arrebatara para siempre toda esperanza de felicidad.

De pronto, una sombra interceptó el rayo de sol que bañaba su costura; levantó los ojos, y halló ante sí al hijo de D.<sup>a</sup> Luz.

¿Pero realmente era él? Las palpitaciones del corazón de la muchacha se lo hicieron reconocer, á pesar de la demeración y el trastorno con que el primer grave dolor de su vida había marcado su semblante. Mirábase de una manera dulce y cariñosa, como nunca la había mirado, y Marilinda sintió que enrojecía hasta la raíz de los cabellos, y bajó la vista para disimular su emoción, mientras Manrique le decía con alterado acento:

—Estoy muy cambiado, ¿verdad? ¡Pero he sufrido tanto!

La hija del cominero no supo qué contestarle; pero levantó hacia él sus hermosos ojos llenos de lágrimas. ¡No podía unirse al dolor del huérfano de manera más elocuente! El lo comprendió así, y un suave consuelo penetró por vez primera en su contristado espíritu. Dejose caer en el banco de material, al lado de la silita baja en que ella hacía labor, y le dijo tan bajo como si tuviera miedo de que lo oyeran:

—Es preciso que hablemos, Marilinda, y que me respondan usted francamente.

—Dios santo! ¿qué tendría que decirle su protector? La muchacha temblaba de miedo, porque en un instante renaciéron sus sospechas de que viniera á despedirse para siempre de ellos. También Dorito vacilaba antes de hablar. Marilinda le enamoraba; pero ¿le agradaría él? Si aceptaba sus proposiciones, ¿lo haría por amor ó sólo por gratitud?

—¿Se ha acordado usted de mí durante el largo espacio que ha pasado sin vernos?—dijo al fin, dando comienzo con esta trivial pregunta á la conversación más difícil que había emprendido en su vida.

—Muchas veces—respondió ingenuamente la hija del cominero, sin levantar la vista de su costura, porque no le yera Dorito en sus pupilas la palabra *siempre*, en lugar de las que pronunciaba.—¿No podía olvidar las tristes penas que estaba pasando! y decía entre mí:—Ay, la mayor parte de esta vida es la muerte de los que queremos bien!

—Verdad—apoyó Manrique, conmovido hasta el fondo del alma;—pero lo más doloroso es que no sólo me hace padecer la desgracia ocurrida, sino las complicaciones y trastornos que ella me trae.

Marilinda se tomó de pronto pálida como la cera; sus presentimientos no la engañaban; toda amistad iba á concluir entre ellos y Salvador.

—Mi madre—prosiguió éste, sin reparar en la angustia de la muchacha, preocupado como se hallaba en buscar un medio de referir lo que sucedía, sin culpar á D.<sup>a</sup> Luz—ha dado crédito á algunas palabras ociosas, y esto nos ocasiona disgustos muy graves.... hemos tenido que separarnos....

La joven levantó hacia él sus ojos, llenos á la vez de sorpresa y aflicción: aunque Dorito hablaba de ello ligeramente, comprendía que debían ser grandes las causas para aquel rompimiento.

—Sí—afirmó el hijo de D.<sup>a</sup> Luz;—hemos tenido que separarnos, y sólo Dios sabe la amargura que esta pena sobre la otra ha derramado en mi corazón.... Solo en el mundo, y sin consuelo, he tendido la vista en torno mío, y he tomado una resolución.

Marilinda no respiraba. ¿Qué resolución podía tener Dorito? ¿Por qué había venido á verla?

—Vivir así—continuó Manrique—me es tan imposible como al pez fuera de su elemento; necesito un hogar, una familia, y he pensado casarme.

—Dios eterno! ¿Qué pasó por la hija de José Juan al oír esta confidencia? Sintió algo parecido al que le faltaba de repente el suelo bajo los pies, é inclinó la cabeza para que el mozo no conociera su espantosa turbación; pero una ola de llanto amarguísimo nubló sus ojos, y, sin poder contenerlas, brotaron lágrimas que cayeron atropelladamente sobre la blanca pieza de ropa que repasaba.

Aquel silencioso llanto fué para Dorito una completa revelación. Marilinda le amaba, y esta halagüeña idea como bálsamo eficaz vino á calmar sus anteriores sufrimientos; pero deseoso de concluir de una vez, añadió con tanta dulzura que sus palabras vibraron en el afligido corazón de la muchacha.

—¿Llora usted? ¿Pero no comprende que la amo y que es con usted con quien anhelo casarme?

—¿Comigo?... ¡Es imposible, imposible!....—balbució delirante, estremechida.

—¿Imposible! ¿por qué?

—Porque usted es rico y yo....

—Yo soy tan pobre como usted, Marilinda: desde hoy cuento sólo con mi trabajo; ¿me acepta usted por marido en tales condiciones?

—¿Que sí lo aceptaba!.... ¡Santo Dios! pues si la felicidad la tenía muda, espantada, pero reflejando en su bellissimo rostro una alegría que encantaba á Salvador! Era amado con el extremo que deseaba! ¿Cómo no lo había conocido antes? —¡Pobre, pobre como yo!—pensaba en tanto la enamorada.—¡Gracias, Virgen Santísima, por haberlo traído hasta mí! Trabajar con él y para él, qué dicha tan grande!

El anhelo así palpitaba ya en los rojos labios de Marilinda, temblorosos de emoción, cuando llegaron el Rector y José Juan, que traía del ronzal á la perzosa *Araucela*.

ISABEL CHEIX.

Continuara.

## BONITAS PASCUAS!

I.

**B**el criado recorrió las cortinas, y bañó el dormitorio una claridad dudosa, propia de un lluvioso y nublado día de Diciembre.

—¡Ah! ¿eres tú, Juan?

—Sí, señorito, yo, que me apresuro á desear á usted felices Pascuas.

—Es verdad que estamos en Pascuas.... aunque quisiera olvidarlo me sería imposible: pues como la noche pasada era Nochebuena, no me han dejado dormir las comparsas con sus zambombas, panderetas y almireces.

—Almorzaré el señorito en casa?

—Sí, pon tres cubiertos; sírveme el chocolate, y tráeme los periódicos y el correo, si ha venido el cartero.

Después, cambiando sin duda de propósito, pues se había incorporado en el lecho, volvió é echarse sobre las almohadas, y se subió el embozo, y quedó entregado á sus reflexiones.

—Por fin era libre!.... Libre, á partir de cinco ó seis días antes, en que los tribunales habían decretado la separación de su esposa.... Todo el farrago de papel sellado; todas las molestias de las citas, declaraciones y tentativas de reconciliación pertenecían ya á la historia.

Pero ¿en qué diablos había estado pensando cuando contrajo matrimonio, sin tener en cuenta más que los buenos ojos de su mujer? Buena le había salido la tal Emilia! Celosa, seca, mal educada, abriendo sus cartas, registrándole los bolsillos, haciéndole seguir y espiar.... Verdad que él tampoco había sido muy prudente.... Pero quien tenía la culpa de todo era el suegro, con sus lecciones de moral y sus severidades de padre de comedia.... El amor propio había tomado cartas en el asunto; lo que fueron granos de tierra se convirtieron en montañas, y la Justicia, por último, había resuelto la separación de los cónyuges.

Lo único que sentía era verse separado de su hija Julita, que era un encanto, y que había tenido que seguir á la madre; pero ya la vería de vez en cuando, y no era cuestión de preocuparse por ello. Lo esencial era que se vea libre, independiente, dueño de sus acciones, con treinta y cinco años, fuerte como un roble y habitando una casa llena de comodidades y encantos, donde no volverían á oírse reyertas matrimoniales.

II.

El criado Juan interrumpió las meditaciones de Luis entrándole el chocolate y una carta del interior que se acababa de recibir. Uno de los convidados al almuerzo se excusaba de no poder asistir: su hermana se había apoderado

## PADRES É HIJOS.

de él para la cena de la noche última y la comida de aquel día. ¿Cómo negarse, siendo el día de Pascua?

—No pongas más que dos cubiertos—dijo al criado;—á menos—añadió—que el correo no me reserve alguna sorpresa.

Y rompiendo algunos sobres, leyó á media voz una esquila concebida en los términos siguientes:

«Mi querido Luis:

«Al aceptar tu convite para almorzar, había olvidado en absoluto que hoy es primer día de Pascua.... Tengo que hacerlo en familia, con mi mujer, mis hijos y.... mi suegra. Tú, afortunadamente mortal, no comprendes ya estas exigencias sociales, pero tienes bastante talento para disculpar á los que son víctimas de ellas. Tuyo—Ordóñez.»

—¿Y he de almorzar solo en un día como hoy? Mira, Juan, no pongas ningún cubierto. Almorzaré en el Casino.

Su buen humor había recibido un golpe terrible; pero quiso vencerse y lo consiguió. Vestido en un momento, se lanzó á la calle, y estuvo dando vueltas á pesar del frío que se notaba. La animación de las gentes formaba extraño contraste con la situación de su espíritu, y al entrar en el Casino encontró desiertos sus salones.

—¿No ha venido aún nadie?—preguntó á uno de los camareros, entrando en el comedor.

—Nadie, y el señor debe comprenderlo; hoy come todo el mundo en familia.

Luis se dirigió nerviosamente al salón de lectura, donde tampoco había nadie. Hojeó algunos periódicos, pero sin fijarse en lo que decían: su imaginación le hacía aparecer como un ser ridículo, solo en aquellos vastos salones. Almorzó después sin otra compañía que la de una botella de Burdeos, y al salir del Casino encontró á su criado Juan que le esperaba con una carta. Al abrirla frunció el entrecejo, y pudo leer en una letra que parecía inventada de propósito para no ser entendida:

«Es imposible que nos veamos como de costumbre, porque como con mi madre. Iré al palco, á la última función de Apolo, si me es posible. Mil gracias por tu pulsera.—Olimpia.»

—¿Con su madre! Una madre de guardarrropa con bigotes.... ¿Se habrán puesto todos de acuerdo para estropear-me el día?

## III.

Su separación había enfriado sus relaciones con casi toda su familia, y no sabiendo cómo emplear el tiempo, resolvió hacer algunas visitas á los amigos que no le habían cerrado las puertas de su casa. Pero en todas partes se sintió incómodo é incomodado. La alegría de los demás, las risas de las criaturas, el calor del hogar, todo iba acentuando la tristeza que se había apoderado de Luis.

Cuando se vió de nuevo en la calle, á las siete de la tarde, se le presentó un nuevo problema. ¿Dónde comería? ¿En el Casino, para renovar el suplicio del almuerzo? Preferible era en una fonda cualquiera, donde por lo menos no estaría solo.

Y con efecto, no lo estuvo: hasta le costó trabajo encontrar mesa entre la que ocupaban dos recién casados, más cuidadosos de mirarse que de consumir los alimentos, y una familia compuesta de un matrimonio y dos niños, con los trajes de los días de fiesta, y que no ocultaban su alegría viendo llegado el momento desde largo tiempo esperado. Los niños, con especialidad, no dejaban un instante de dirigir preguntas á sus padres sobre todo cuanto les rodeaba, sobresaliendo en esto una pequeña de algunos cinco años, muy encarnada por el calor de la sala, con los ojos brillantes de alegría, y que á cada nuevo plato que llevaba el camarero palmoteaba con entusiasmo y bailaba en su silla.

La contemplación de aquella linda criatura y de sus expansiones recordó bruscamente á Luis á su Julita, que era próximamente de la misma edad. Y sintió que una inmensa pesadumbre llenaba su corazón: quería ver á su hija, estrecharla entre sus brazos, llevarse la lejos, muy lejos, y simultáneamente comprendía que aquello era una imposible locura. La felicidad para él había huido entre unos autos de papel sellado.

La gente desde aquel momento le pareció odiosa, y huyó de la fonda, hipnotizado por una idea fija, queriendo ver á su Julita, oírse llamar *papá*, como el buen hombre á cuyo lado acababa de comer. Y anduvo calles y calles, tropezando á cuantos encontraba á su paso, y entregado á sus pensamientos, hasta que el frío de la noche y el cansancio le volvieron á la realidad, haciendo cesar su excitación nerviosa. Comprendió que era forzoso aceptar la situación que él mismo se había creado, y que no tenía derecho á llamar á la puerta de la casa de su mujer.

Había llegado entretanto delante de dicha casa, en la cual reinaba absoluto silencio. Las maderas de sus balcones estaban entornadas, y sólo en uno de ellos observó una débil luz como la producida por una lamparilla, y juntamente una sombra como podrían producir la cortinas de una camita infantil. Entonces estallaron en un sollozo todas las tristezas y todas las soledades de aquel día, y acudieron á su imaginación todas las nimiedades de la pasada existencia: el gorriero de cristiano de su hija con su transparente color de rosa; los primeros y vacilantes pasos de la criatura; la capota de seda blanca con adornos de pluma; el caprichoso empeño con que se subía á sus rodillas para jugar con la cadena de su reloj, y otras piqueñeces que fueron su encanto y que ahora le torturaban al alma....

Y entonces aquel escéptico, aquel hombre de mundo, firmando por la lluvia helada, apoyado contra una pared y sin parar mientes en los transeúntes, encorvado y con la frente sujeta por ambas manos, rompió á llorar como un niño, ahogando los sollozos con su pañuelo, mientras un obrero, vestido de blusa y llevando en sus brazos un niño dormido, decía á su mujer, que llevaba á otra criatura de la mano:

—¿Buena la ha cogido el señorito!.... ¡Ya se la conoce que estamos en Pascuas!

MARIANO ORTEGA,



Los Códigos no han resuelto los hondos problemas del matrimonio desgraciado, ni al exculpar el castigo del cónyuge criminal, ni al establecer el divorcio. Por eso es y será siempre más digno de respeto el sacrificio secreto del ofendido, que la pública venganza de su honor ultrajado. A propósito merece ser recordada la historia del ilustre pintor Benavente.

En la época de su mayor celebridad había encontrado en una de las Exposiciones públicas, y parada delante de su cuadro, obra maestra que alcanzó primera medalla y la honra de ser adquirida para formar en el Museo de Madrid, á la hermosa Sara Bernúdez, hija de un gran señor arruinado en atrevidas empresas. Sara admiraba como todos aquel lienzo, y el autor del mismo quedóse á su vez parado y admirando á Sara.

Un año después el pintor Benavente, en el auge de la fortuna y de la fama, había dado su mano, su nombre y su honor á la joven, la cual no se había cuidado gran cosa de consultar á su corazón al tomar estado. Cansada de las estrecheces á que iba llegando su familia, sedienta de lujo y orgullosa por el nombre del artista, había amado en este, no al hombre, sino al salvador, al que le aseguraba con la boda la vida fácil, la riqueza, la gloria artística.

¿Cuán triste fué el desencanto del artista al darse cuenta de la situación de ánimo de su esposa, incapaz de corresponder á su amor! Y fué en vano que en los dos años primeros de su matrimonio tuvieran otros tantos hijos. Sara, inaccesible al amor de esposa, tampoco comprendía en toda su grandeza el de madre; y Benavente dió entrada en su alma á los más horribles pensamientos.... Su esposa era bellísima, sus admiradores infinitos: ¿tendría valor para resistir siempre?

Ante esta idea el artista tuvo un movimiento de furor, que dominó en breve, queriendo tranquilizarse.... Su esposa era honrada, y jamás la había dado motivo para la menor sospecha.

Pero la duda, la horrible duda no abandona jamás á sus víctimas, y Benavente tuvo intenciones de hacer seguir á su esposa, de espiarla; después la abandonaba momentáneamente, para ser de nuevo y con más violencia asediado, como el infeliz naufrago á quien las olas sacuden, arrastran y agotan....

Cuando el corazón rebosa amargura busca siempre un pecho amigo á quien confiarse, y Benavente confió un día sus pesares á Ceballos, su amigo de toda la vida.

—¿No puedo más!—le dijo.—Conozco que no me ama, y sufro por ello horriblemente, aunque me resigno; pero si supiera que ama á otro, cometería un crimen.

Ceballos procuró tranquilizarle, pues en realidad nada sabía que pudiera alarmar á su amigo; le acompañó con mayor asiduidad, y le impulsó á que diera fiestas en su estudio y llevara á los salones á su esposa, porque lo que Sara necesitaba, á su juicio, era una actividad mayor, una existencia menos monótona que la que observaban los esposos.

Benavente siguió el consejo de su amigo, y aunque había comprado una hermosa posesión campestre en las cercanías de Madrid, donde su mayor encanto había sido vivir solo con su esposa é hijos, dió en ella brillantes recepciones, partidas de caza por el día, bailes y fiestas por las noches.... Sus cuadros eran comprados á peso de oro, y Benavente tiraba mucho dinero.... No era feliz, pero creía serlo.

Una noche, al retirarse á descansar, vió entrar en su alcoba, pálido y tembloroso, á su amigo Ceballos, y comprendió desde luego que algo grave le iba á anunciar.

—¿Qué ocurre?—le preguntó.

—Tengo que hacerte—le dijo Ceballos—una triste revelación. Durante un momento he vacilado; pero creo que no merecería ser amigo tuyo si no te dijera: «Tu honor está en peligro.»

—Sara me engaña, ¿no es cierto?

Ceballos le refirió entonces que minutos antes se había sentado en uno de los bancos del parque, y visto pasar á alguien con dirección á la casa, sin poder precisar quién fuera, á causa de la obscuridad de la noche. Después había oído abrirse una ventana, la de la habitación que en el primer piso ocupaba la señora de Benavente, hablar en voz baja, y que la sombra del desconocido había penetrado en la casa. Después, en la habitación mencionada, había observado dos personas, y luego obscuridad y silencio completos.

Benavente, lleno de angustia y dominándose, exclamó:

—¿Luego hay alguien en la habitación de mi mujer! Ceballos le oprimió ambas manos por toda contestación. Los sollozos ahogaban al artista, y en su rostro se veía espantosa lividez: en un solo minuto el dolor había transformado al infeliz.

—Toma mi escopeta—dijo á su amigo—y colócate debajo de la ventana de Sara: si el miserable intenta huir por dicha ventana, mátale como á un perro. Yo—prosiguió arrojándose de un revólver—voy á llamar á su puerta.

Así lo hizo, en tanto que acercaba el oído á la cerradura.

—Vamos, Sara, ábreme—dijo procurando dulcificar su voz.—Tengo asuntos gravísimos que comunicarte.

Y pensaba que, una vez franqueada aquella puerta, podría derribar de un balazo al que había destruido su felicidad.... Pero en el mismo instante acudió á su imaginación el recuerdo de sus hijos.... Al día siguiente, al despertarse, sabrían que la sangre había corrido en aquella casa; que su padre, advertido de que la madre le hacía traición, había sorprendido á la culpable y quitado la vida á su cómplice. Pensó en el escándalo, en ser el protagonista de una «causa célebre», en la vergüenza que recaería en aquellos tiernos é inocentes niños, inocentes de todo y que no obstante serían las principales víctimas, sabiendo que su madre era una infame y su padre un asesino....

Sara había abierto, por fin, la puerta, y al ver á su es-

pos con un revólver en la mano, comprendió que todo lo sabía.

—¿Dónde está ese hombre?—preguntó Benavente.

—¿Qué quieres decir?

—Nada de comedia, señora: diga usted á ese hombre que salga.

Sara estaba aterrada y sin movimiento; pero un joven, que hasta entonces había estado escondido detrás de un mueble, se presentó. Benavente le reconoció como habitante en aquellas cercanías.

—Caballero—dijo el amante—sé lo que debe ocurrir y estoy á sus órdenes.

El pintor movió los hombros desdenosamente.

—¿Un duelo, cuando podía matarle aquí mismo como á un animal dañino?.... Hay algo que vale más que la vida de usted, más que la sangre de esta mujer despreciable, más que mi venganza, y es el honrado nombre de mis hijos. ¡Por eso viviréis ambos, porque es necesario que nadie sepa lo que ha ocurrido aquí!....

Y empujando al joven por un corredor que daba acceso á la puerta de servicio, añadió:

—¡Huya usted por ahí, y no pase por junto á la casa, porque hay quien le daría muerte de un balazo!

Después volvió á entrar en la habitación, donde su mujer, al verle, cayó de rodillas.

—Y usted, señora, escuche mis órdenes. En tanto que sigan los huéspedes en el hotel, haremos la vida ordinaria, sin que nadie pueda averiguar que entre ambos hay abierto un abismo. Después se marchará usted con sus padres, diciéndoles lo que más le acomode.... Todo me es igual.... Pero en esta casa no habrá nunca sitio para usted.

Luego se dirigió á abrir la ventana, rechazando á su esposa que se arrastraba de rodillas ahogando sus sollozos, y exclamó:

—¡Ceballos!.... ¿Estás ahí?

—Sí; ¿qué hay?

—Hombre, ¡pues menudo susto me has dado!.... ¡Sara duerme con la tranquilidad de los angeles!

M. F. O.

## PRÁCTICAS SOCIALES.

Continuación.



Es preciso pensar en el bienestar de los que nos visitan, á fin de que en invierno no se hielan en nuestra casa, ni se asfixien en verano.

Como no os lo pidan con mucha insistencia, no cometáis la ligereza de enviar á los niños á que pasen el día entero fuera de casa, ni os empeñéis en que los ajenos permanezcan horas enteras en la vuestra. Esto y lo otro, á más de ser un compromiso para los demás, es una responsabilidad para todos.

Cuando la conversación cesa, aprovecha uno esa pausa para despedirse; pero no es correcto emplear mucho tiempo en esto; ó, lo que es igual, no hacer más larga la despedida que la visita. Tampoco se debe hablar desde la escalera.

Si se trata de ir á despedir á una amiga á la estación, no está demás llevarle dulces ó flores, pero esto es más frecuente y más lógico que lo hagan los caballeros tratándose de una señora que no una señora á otra.

*In illo tempore*, entre los romanos, no se daba la mano sino en señal de fidelidad ó de matrimonio. Por todas estas cosas pertenecen ya á la historia: hoy en día, dar la mano es un movimiento banal é inconsciente: un apretón de manos, que decimos nosotros; *une poignée de main*, que dicen los franceses, ó el vigoroso *shake-hands* de los ingleses, se da á cualquiera; por más—y ya lo hemos dicho—que los diplomáticos y «los elegantes» no prodigan esas manifestaciones, teniendo en cuenta que significan excesiva familiaridad.

En la manera de dar la mano se puede deducir algo respecto al carácter y educación de todo individuo.

No se da la mano á quien se ve por vez primera, á no ser que medien circunstancias que así lo exijan, v. gr.; si el presentado es campechano, y el que presenta lo es más aún, y en este caso tendréis en cuenta aquello de que *los amigos de mis amigos son mis amigos*.

Mas, por lo común, acto seguido de conocer á una persona no se le da la mano ni aun al despedirse de ella, á no ser también que medie viva y reciproca simpatía, etc., etc.

No debe un caballero adelantarse á dar la mano á una señora: de ésta partirá la iniciativa, tanto si es joven ó vieja, soltera ó casada. Toda joven, á su vez, espera á que las señoras de edad le ofrezcan la mano.

Evítese que el apretón de manos sea para el que le recibe un verdadero suplicio. Pero, como todos los extremos son viciosos, es hasta impertinente eso que hacen algunos, que apenas si rozan la mano al darla. Este movimiento debe ser siempre franco, leal. No presentar sino un par de dedos, es poco cortés. La mano izquierda no se da nunca.

Pasó aquel tiempo en que los caballeros casi besaban el suelo para saludar á las damas, y en que éstas hacían aquellas graciosas reverencias llamadas *la Duquesa*, obligado complemento de las cabezas empolvadas y las faldas formando pabellones.

Ahora, al paso que vamos, apenas si nos saludaremos.

Cómo saludan los caballeros: extienden á lo largo los brazos, casi pegados al cuerpo; doblan éste cual si fueran autómatas, y ahí tienen ustedes el ceremonioso, el saludo *chic* de toda presentación «elegante». Tenemos entendido que este saludo, sin olvidar el detalle de juntar mucho las piernas, como los soldados cuando saludan á un oficial, es el saludo «á la rusa».

Y cuando media, ó puede ó debe mediar más confianza, sonríen al saludar.

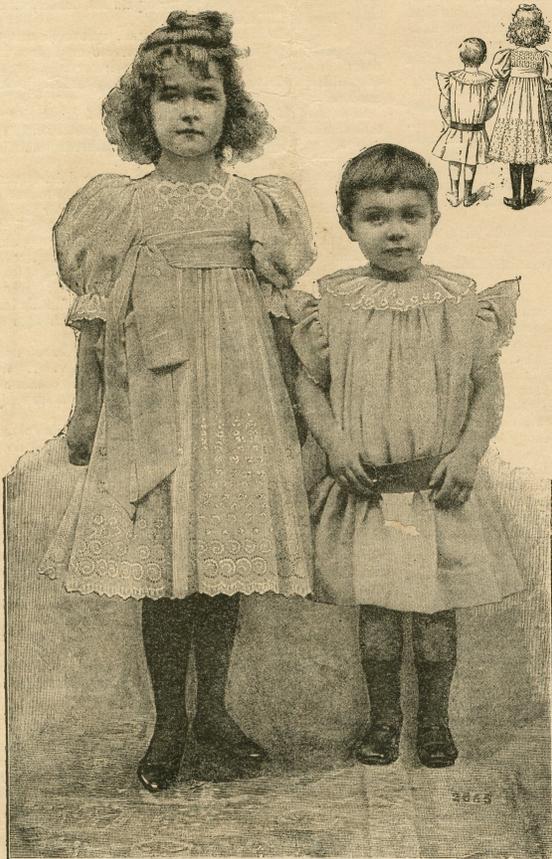
En el gran mundo se suele besar la mano á las damas. Estas corresponden á todo saludo ceremonioso con la



4.—Traje de visita.



5.—Sombrero de paseo.



6 y 9.—Vestido para niñas de 6 á 7 años.  
Delantero y espalda.

7 y 8.—Vestido para niños de 1 á 3 años.  
Delantero y espalda.



10.—Traje de paseo.



11.—Vestido á estilo Imperio para niñas de 2 á 4 años.



12 y 13.—Esvavina de encaje y bengalina. Delantero y espalda.



14 y 15.—Vestido para niñas de 6 á 8 años. Delantero y espalda.



Copyright, 1883, by Harper and Brothers.

16.—Trajo de calle.



17.—Trajo de otoño

misma etiqueta: inclinando la cabeza y algo el cuerpo, y sonriendo ó no, según el caso lo requiera.

Cuando media presentación de la señora á otra y estuvieran las dos sentadas, ambas se levantan; y si es una anciana, ésta permanece en su asiento y es la más joven la que se pone de pie para volverse á sentar en seguida.

Entre muchas familias que rinden verdadero culto á la etiqueta, existe la costumbre de que los hijos, hermanos y primos se quiten el sombrero cuando ven en la calle á sus padres, hermanas ó primas.

Si en el ferrocarril, el tranvía ó en la escalera saluda un caballero, toda señora debe contestar con una ligera inclinación de cabeza.

El anciano Principe de Ligne, literato insigne, bizarro general y presidente del Senado belga, se descubría ante todas las mujeres de alta y baja clase.

La cortesana del Duque de Levis, hombre célebre también, llegaba al extremo de que, hasta en edad muy avanzada y enfermo, dejaba el paso á la señorita de compañía de su mujer.

Y, en fin, el orgulloso Luis XIV se quitaba el sombrero al saludar á una lavandera.

Los españoles somos menos rigoristas, en materia de presentaciones, que los ingleses y alemanes. Así, se da el caso de que hablemos, si las circunstancias nos favorecen, con la persona que en el teatro, en los viajes, en visita ó en los bailes está á nuestro lado, sin preocuparnos exageradamente en si ha precedido ó no la consabida presentación. Esta, no obstante, es en nosotros necesaria, como en toda sociedad culta, cuando se trata de los diplomáticos: primero son ó somos presentados, y luego les dejamos tarjeta, sobre todo si hay señoras en su familia, y ellos nos invitan á sus fiestas. Esto mismo suele hacerse entre españoles: precede la presentación, sigue á ésta el *tarjetazo*, y como consecuencia de ambas cosas, el convite para sus recepciones. Por cuya razón no suele ser oportuno mostrar demasiado empeño en ser presentados á los que *reciben en grande*, porque se dan casos de que no sean muy justos en sus juicios....

Esto no obsta para que en toda recepción se procure observar esas formalidades sociales, que pueden estar á cargo de la dueña de la casa y su familia cuando la recepción es de pocas personas; pero no si la componen sus relaciones todas, pues es tarea poco menos que imposible dedicarse á presentar á los que no se conocen: además, no es de buen tono.

A no ser que sea tratándose de las improvisadas figuras de coñillón, ya sabéis que, por regla general, ninguna señorita formal baila con el que primero se presenta, sino con el que conoce ó acaba de serle presentado.

Se nombra primero á la persona á quien se presenta. Por lo general, la presentación se hace rápidamente, sin emplear demasiadas palabras.

Ejemplos: supongamos que el señor M. O. presenta al señor S. A. á la señora B. Pues el señor M. O. dirá, dirigiéndose á la señora B., é indicando con la mano al señor S. A.: «Presento á usted (según el trato) al señor S. A.» La señora se inclinará mirando á S. A. El que presenta dirá en seguida el nombre de la señora, y el presentado se inclinará á su vez, mirando también á la señora.

Entre hombres, á no ser que se imponga la más estricta etiqueta, las presentaciones se limitan á decir, omitiendo lo de *presento á usted*, etc.: «Fulano de Tal»; y volviéndose al otro: «Zutano de Cual»; á no ser que se trate de presentación oficial ó de algún personaje, en cuyo caso se expresa el cargo que ocupa y los honores de que disfruta.

A la persona de más edad y categoría corresponde iniciar la conversación. Por lo general se dice: «He oído hablar mucho de usted.» «Tengo verdadero gusto en que nos tratemos.» «Yo conocía á usted mucho de vista», etc., etc.

Si aquella persona que presentamos es de nuestra familia, dicho se está que debemos decir: «Mi hermano, mi tío ó mi sobrino Fulano de Tal.»

Y cuando nos anuncian una presentación para bailar, ó entablar relaciones de amistad, lo natural es aceptarla, á no ser que medie poderoso motivo para eludirla.

En fin, mucho cuidado con pecar de ceremoniosa (*faire une tête de pôle Nord*), ó de alardear excesiva familiaridad. Por esto lo digno es no dar la mano en seguida, á no ser que la otra persona haga ademán de darla, ó que se trate de gentes humildes y poco versadas en esas etiquetas.

Es descortés, mientras se aguarda en la sala á que se presente la señora de la casa, dedicarse á registrar libros, tocar *bibelots*, atizar el fuego de la chimenea, ó mirarse al espejo.

Si la persona á quien vamos á visitar se hallare enferma y en cama, no es necesario verla, á no ser que lo exija con verdadero empeño; y si la vemos, es preciso hacer la visita corta, hablar lo menos posible y en voz baja, é impedir que ella hable.

Es preciso observar que implica falta de respeto, delicadeza y cortesía sentarse sobre la cama. Son familiaridades que no deben existir.

El señor, ó la señora de la casa, al recibir una visita, debe procurar sentarse frente á ésta y no al lado.

Se ofrece siempre á las visitas un abanico guarda-fuego, ó se coloca la pantalla ó el biombo de modo que el calor no moleste.

Cuando se trata de recibir un día á la semana, se envía una tarjeta—bien de visita, ó previamente impresa—en la que se diga á todos los amigos: *Fulana de Tal recibirá todos los* (aquí el día), *de cinco á siete de la tarde.*

Y según el lujo en que se viva, ofrece ó no aspecto de fiesta la casa.

Mas cuando se vive en grande, hay que procurar que los carruajes entren hasta el pie de la escalera: que en ésta se hallen los consabidos lacayos, los cuales tampoco deben faltar en el recibimiento, unos para quitar los abrigos, y otros para guiar hasta el salón á los visitantes.

Todavía en algunas aristocráticas moradas se anuncia á los que van llegando, pero no es ya lo más frecuente.

En las embajadas y legaciones se debe hacer, por lo mismo que se recibe á tanto extranjero y que no es posible retener en la memoria esa diversidad de apellidos.

La dueña de la casa debe procurar sentarse frente á la puerta por donde entran sus visitantes, y en sitio donde la vean pronto.

No dejará—seguimos refiriéndonos á la señora de la casa—de dar conversación á todos; y si se trata de sacerdotes ó personas ancianas, se adelantará á saludarlos, y les ofrecerá con mayor solicitud sitio cómodo y de respeto.

A estas *matrines* no es frecuente que asista el dueño de la casa; la política, los negocios ó la caza lo suelen alejar de sus propios salones.

La señora y señoritas de la casa deben sentarse en sillas volantes, ó en algún *pouf*, banqueta, etc., de esos que se colocan en el centro de la sala, para ir hablando con todos los asistentes y no tener sitio fijo.

Ya hemos dicho que, según la recepción, debe ser el atavío de la que recibe, es decir, más ó menos lujoso, pero sencillo siempre.

Las que van de visita llevan «traje de paseo», y los hombres visiten levita, corbata de color obscuro, guantes claros, con costura negra, y sombrero de copa, por supuesto.

Si la concurrencia fuere muy numerosa, es poco menos que imposible ir hasta el final del salón despidiendo á todas las señoras; pero si se trata de pocas personas, lo cortés es acompañarlas hasta el sitio ya mencionado.

En las *soirées* ya no es costumbre, y menos aún si se trata de un baile, acompañar á nadie cuando se retira; y hasta se dan casos de que los concurrentes no se despidan de los anfitriones, ya sea porque es difícil llegar hasta ellos, á causa de la aglomeración de gente, ya porque no quieren molestarlos si están ocupados en atender á otras personas.

En algunas casas no se cierran las maderas de los balcones, así es que el aspecto de éstos, á través de cuyos cristales se refleja la iluminación de los salones, es de buen efecto.

Otras casas, y es lo más lógico, suprimen esa ostentación. Esto quiere decir que á la hora donde los criados cierran todas las *madieras*.

También es de advertir que no es solamente á las personas de alta calidad á quien debemos rendir honor en nuestra casa, sino á todo aquel que por su honradez y esmerada educación, por su edad ó sus virtudes, etc., etc., merece nuestros respetos.

Y si no se trata de gran recepción, lo cortés es acompañar á la visita hasta cerca de la puerta de la calle, que abrirá el criado.

Si se tratare de visita hecha por dama de muy alta jerarquía, el dueño de la casa debe acompañarla del brazo hasta dejarla en el carruaje, no sin excusarse con las otras personas que permanecen en la sala.

Es asimismo preciso, si os quedáis en casa por la noche, que no permitáis que ninguna señora se retire sola. Sucede con frecuencia que van de tertulia algunas señoras de modesta posición que no pueden tener criada, y salen solas! Esto no deben permitirlo los que reciben la atención de su visita; cuiden, pues, aquellos de que su coche las lleve, ó su criado las escolte hasta su casa.

En Francia se ha establecido últimamente la costumbre de que la señora que llega es la que visita, como diciendo: «Aquí estoy». Y se comprende que así se haga, puesto que la población es dos ó más veces mayor que Madrid, y no es fácil estar, como aquí, donde las gentes se encuentran á cada rato en todas partes, al corriente de quién llega y quién se va. Por esto mismo aquí no se aguarda la visita de los recién llegados, sino que se les va á ver.

Todos los que reciben y hacen de su morada un verdadero museo, deben dejar á los concurrentes que admiren esas bellezas, sin necesidad de que los *anfitriones* las señalen con objeto de llamarles la atención. Es preferible que aquellos no las adviertan, á que las celebren por compromiso y casi á instancias de sus dueños.

Y, en resumen, el que no tenga casa espaciosa, que haga de su modesto piso lugar agradable y ordenado; que si no puede dar *lunch* se contente con ofrecer una taza de té y unas cuantas galletas; y si no tiene criado, que la criada, bien enseñada y bien vestidita, procure no cometer torpezas.

SALOMÉ NÚÑEZ Y TOPETE.

Continuará.

## LAS CAMPANAS.

¡Respetad las campanas, deidades que canten, que suspiren, que sollocen con nosotros; dejad que restablezcan nuestro vigor perdido, que traigan á nuestro pensamiento al doblar melancólicas el recuerdo de aquellos que nos abandonaron, que nos conforten al repicar alborozadas con el recuerdo de tiempos y placeres que fueron y que ya no serán!

La Crisis Religiosa.

De niño otra vez pasé  
Murmurando una oración  
Por estos sitios; lloré,  
Y con fervor escuché  
De las campanas el son.

Como entonces, se avecina  
La noche, y en la colina  
Se alza imponente y escueta  
La fantástica silueta  
De la torre bizantina.

Trepa el áspero zarzal  
Por el agrietado muro,  
Y el umbrío robleal  
Se destaca allá en lo obscuro.  
No hay duda; todo está igual.

Mas no: ya la vista empieza  
A observar con desconsuelo,  
En medio de esta grandeza,  
Menos verdor en el suelo,  
Y en la torre más tristeza.

Donde las águilas reales  
Á colgar su nido van,  
Rasgados están é iguales  
Los dos huecos ovoidales,  
Mas las campanas no están.

Y allí obscuras y sombrías  
Las ojivas olvidadas  
Miran desiertas y frías,  
Cual dos ojos sin miradas  
Con sus dos cuencas vacías.

Ellas al Ser soberano  
Dieron su acento en tributo  
Y animaron monte y llano.  
Puso allí el hombre su mano,  
Y dejó tristeza y luto;

Porque altivo y endiosado  
De hoy más anhela vivir  
De su miseria olvidado,  
Sin belleza en el pasado  
Y sin fe en el porvenir.

¡Ay, yo también con ardo  
Y con instinto suicida  
Arrancando con furor  
Fui de mi conciencia herida  
Lo más noble y lo mejor!

¡Treinta y tres años! Aun brilla  
Cercana otra edad inquieta,  
Y el espíritu se humilla  
Como fatigado atleta  
Que dobla al fin la rodilla.

Ya que en ese torreoñ  
Cesó vuestro alegre son  
Y en el pasado dormís,  
Campanas que no existís,  
Sonad en mi corazón;

Sonad como alborozadas  
De mi vida en los albores;  
Evocad acompasadas  
Aquellas dichas pasadas  
Y aquellos tiempos mejores.

Que no se borre aquel eco;  
Yo también, á mi pesar,  
En mi corazón, ya seco,  
Tengo un insondable hueco  
Que no se puede llenar.

Sonad alegres y ufanas;  
Nada en las cosas humanas  
Hay que tan modesto esté  
Como un corazón sin fe  
Y una torre sin campanas.

ANTONIO ZOZAYA.

## LA SALIDA DEL TRABAJO.



El ocho de la noche; la hora clásica en que ha terminado el trabajo en talleres y almacenes, y en que las jóvenes obreras prestan animación á las calles por donde van pasando, ya en grupos alegres, ya de una en una y haciendo sonar sus tacones por la acera.

Las campanas de los relojes las van acompañando en su camino, y en algunos momentos, hijas de Eva por la curiosidad, se paran delante de los escaparates brillantemente iluminados.

Con la vista fascinada y el corazón palpitante, se entregan á la delicia de la oleada de seducciones de los grandes comercios, y prestan complaciente oído á los periódicos discursos de las serpientes tentadoras que se han deslizado entre los encajes, los bordados y las ricas telas puestas á la venta.

—Si tú quisieras—dicen con zalamería las finas y ligeras batistas—si tú quisieras, en vez del ordinario y grueso algodón en que se esconden los tesoros de tu juventud, nos encontrarías en tus armarios de palasanto exhalando perfumes que causan deliciosos estremecimientos. Nos contarías por docenas á cuál más frescas, coquetas y elegantes; estaríamos sobre tus ricos muebles al alcance de tu mano, con nuestras mariposas de cintas y adornos de Valenciennes y guipures. ¡Te sonries! ¡Ah, coqueta!, qué pronto sabríamos entendernos!

—Si quisieras—murmuran á su vez las telas de seda de tonos brillantes—tomaríamos para tí, á tu capricho, y en casa de la modista más afamada, las formas y caracteres salientes de la última moda, y al pasear contigo, acompañando al ruido de los altos tacones, removidas suavemente por las ondulaciones de tu cuerpo, haríamos ese *fru-fru* que es encanto de todos los transeúntes.

—Si tú quisieras—dicen los manguitos de pieles—haríamos conocer á tus manos placeres que no sospechan si quisiera esas pobretonas tan rudamente tratadas por la intemperie. ¡Si supieras lo bien que sabe deslizar las manos aquí dentro, más caliente siempre que un nido de palomas!

—¡Ta! ¡ta!—interrompen las ligeras muselinas—las palomas no están ya en sus nidos.... La primavera va á ostentar todas esas flores y cintas que envidiosamente suelen contemplar. Si tú quisieras, luciendo tu personilla nuestros graciosos volantes, pasearías por entre los árboles la poesía.

de tu corazón y la frescura de tu tocado.... Y pasearías por los campos en que tantos nidos palpitan entre el ramaje y tantas flores se abren á las miradas de la humanidad.

—Si tú quisieras—murmuran simultáneamente sombreros, toquillas, sombrillas y otros adornos—te acompañaríamos siempre, prestando mayor aumento á tus encantos.

Pero no se crea que son estos los mayores peligros, y que las obreras pueden seguir su camino, mediante algunos suspiros lanzados al viento y llevando algunos pinchazos en el corazón. ¡No! Detrás de las gruesas lamas de las joyerías se ve una multitud de solitarios, zafiros y rubíes, topacios y esmeraldas, brillando descaradamente como chispas de fuego de cien colores, adoptando las formas de sortijas, de pendientes, de pulseras....

Todo esto lleno de elocuencia, dirigiendo guiños, sonrisas y canciones á las pobres muchachas obreras.

—¡Si tú quisieras!—dicen.—¡Si tú quisieras!....

—¡Cógelos!—dicen las sortijas.

—¡Y á nosotros! ¡y á nosotros!—repiten pendientes, collares y brazaletes.

—¡Y sería tan fácil!—prosigue la serpiente tentadora....—¡Mucho más fácil que ganar una peseta con la costura!.... Basta en ocasiones una mirada, una sonrisa, un dejarse ir.... ¡Cuántas fortunas no se han hecho sabiendo sonreír á tiempo junto á una joyería!

Solicitadas así por todas partes, arrastradas por todas las seducciones del deseo, en el destile de las ensueños embriagadores, muchas obreras suelen desaparecer de la noche á la mañana; ¡han desertado del batallón de las trabajadoras hormigas!

Pero ¡cuántas otras, cerrando los oídos á las seducciones, siguen su camino prudentes, pensativas y llenas de recogimiento! Alguien invisible marcha á su lado, murmurando en voz baja:

—Niña, no te dejes apresar por esos lazos dorados, no creas una sola palabra á esos impostores. Pasa sin detenerte ante esos deslumbradores escaparates, ante esas alhajas que hacen chispear á tus ojos, ante esos placeres que dejan entrever á tu viva imaginación, y no pierdas, contemplándolas, la tranquilidad de tu alma, la frescura de tu juventud, ni el valor de tu trabajo. Tu alma tiene más sonrisas que alhajas guardan esos escaparates; tu juventud tiene más flores que perlas esos collares; tu trabajo más felicidad que todos esos mentidos placeres. Tu modesto vestido es un precioso estuche: guarda cuidadosa los tesoros que encierra.

Sigue tranquila y serenamente tu camino, para llegar pronto al humilde hogar en que te aguardan la sonrisa de tu madre y el beso de tu hermanito. Sigue siendo para ellos la riqueza y la alegría, y que siempre guarden, como ahora, con impaciente cariño, la hora en que sales de tu trabajo: las ocho de la noche.

ATURORA.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR.

Exclusivamente serán contestadas en este sitio las consultas que, sobre asuntos propios de las secciones del periódico, se sirvan dirigirnos las Señoras Suscriptoras á la edición de lujo y á la 2.ª edición, demostrando esta circunstancia con el envío de una faja del periódico, ó por cualquier otro medio.

Las consultas que se nos dirijan en carta anónima, ó que vengan firmadas por personas que no demuestren debidamente ser suscriptoras á las citadas ediciones, no serán contestadas.

A UNA SUSCRIPTORA.—Siento no poderle indicar el medio de hacer desaparecer las manchas producidas por el agua del mar en la sombrilla encarnada; es muy difícil de obtener buen resultado, porque dicha agua le habrá comido el color.

Pruebe, sin embargo, enviándola á un quitamanchas, ó si no, lo mejor será teñirla del mismo color.

SRA. D.ª ELENA O. DE P.—Un bonito regalo para hacer á su señor padre en la época que indica es un sillón bordado sobre terciopelo granate, verde oscuro ó azul marino, ó en cañamazo imitando tapiz. Si no es mucho el tiempo que le queda, puede border una papelera ó cesto de papeles para el despacho, pues esta es labor más breve.

Á su señora madre puede obsequiarla con un reclinatorio para su oratorio. Este es un regalo serio, como desea, y muy propio.

POR LOS CERROS DE UBEDA.—Siento mucho no poderla complacer por el momento contestando á su primera pregunta. Como la muestra que me envía es de riguroso invierno, la aconsejo vuelva á consultarme cuando sea oportuno, y elegiré entre los modelos nuevos de dicha época. Aun es pronto para poder decir lo que en dicha estación se llevara.

En uno de los próximos números le daré la receta que desea. SRA. D.ª J. F. DE V.—No hay medio de volver á su color la tela que indica, ni darla el brillo.

Es propio para la esclavina que quiere hacerse el paño amazón, y como color, puesto que es para alivio de luto, el gris plata con terciopelo negro y encaje grueso, también negro, resulta elegante.

Un bonito modelo para la confección de la referida esclavina son los grabados 2 y 3 del núm. 22 de LA MODA, poniendo lo que es en el modelo de encaje, de paño, y lo que es de raso, de encaje. Cintas de faja negras.

En el mismo número encontrará en los grabados 13 y 14 muy buenos modelos para hacerse el traje de medio luto. Para él puede elegir un tejido de mezclita de lana y seda, gris y negro.

En breve la daré las dos recetas que me pide.



18 á 21.—Trajes de entretiempo. Delanteros y espaldas.

Á J. M. C. Y M.—La carta á que se refiere se dirige como dice primeramente en la suya, esto es, poniendo en el sobre: Sra. D.ª....

Á CONCHITA.—En los trajes de paño se usará mucho, como forma de cuerpo, la chaquetita francesa, forrada de seda ó terciopelo, terminando el cuerpo en la cintura redonda ó con un ligerísimo pico.

Las bertas y jockeys se hacen de terciopelo, igualando á la guarnición de la falda. También debe ser de terciopelo cierta parte de la manga, por ejemplo, los volantes que la guarnecen.

El pequeño collet de paño, ó el de terciopelo assorti, son obligados en esta toilette, así como el sombrero, adornado de plumas y terciopelo.

Á UNA DESCONSOLADA.—Tengo el gusto de complacerla, dándole á conocer la receta de tomates rellenos al gratin.

Se escogen los tomates, todos iguales de tamaño y bien rojos; con el mango de una cucharilla se les quita las pipas sin estropearlos. Aparte se pica menudo jamón, ternera asada, champignons, chalota, medio diente de ajo y perejil. Con todo esto se rellenan los tomates, añadiendo un poco de manteca y dos cucharadas de jugo de carne, rehogándolo bien en el sartén, antes de rellenar los tomates, durante algunos minutos á fuego lento. Después de rellenos se colocan en una fuente de gratin, untada de aceite fino y espolvoreada de pan rallado, y se mete en el horno hasta que están en su punto. Bien calientes, se sirven. Al pan rallado se le añade queso de Parma, también rallado.

Á UNA HORTENSIA.—Siempre sigue siendo preferido para entretiempo el traje de paño fino, pues es sumamente práctico y puede usarse en la mayor parte de las circunstancias, no siendo para visitas oficiales ó ceremonias, ya que no se emplea sólo en los trajes estilo sastre, sino también en otros muchos, siendo tan variadas las formas de éstos como

las de los adornos que en ellos se usan. La pasamanería es el preferido, y con ésta se forman sobre el paño dibujos de un efecto bonito y elegante; pero los adornos de terciopelo son los que más se emplearán, en distintas formas: tendidos, en ruche ó en volantes, apenas fruncidos, de un ancho de 25 á 30 centímetros; colocado en el borde de la falda, resulta muy gracioso. Sobre la cabecilla del volante se coloca un agremancito de pasamanería, perlada ó no, una pequeña ruche de encaje de guipur ó un rulo de pluma. Cuando la estación esté más adelantada se reemplazará ésta por un pequeño cordón de piel. Cuando el volante de terciopelo reúne esta circunstancia no se repite todo este adorno en la falda, sino que sólo se pone la cabecilla, dispuesta en grupos de tres hileras: esto es lo más general.

Los cuerpos deben guarnecerse en el mismo estilo que la falda, con adornos redondeándose sobre el pecho.

Á NICE.—Hasta ahora el color dominante es el verde. También puede añadirse el color rosa, pero sobre todo el cereza ó grosella, y en general todos los tonos antiguos.

Si, el fieltro flexible, sólo ó mezclado con terciopelo, se usará muchísimo el próximo invierno. La última novedad en fieltros es el glacé sombreado ó mirair.

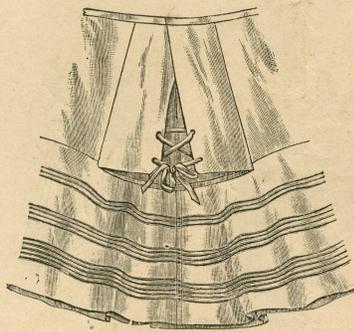
Las plumas serán el adorno preferido; pero también se llevarán mucho las mariposas fantasía, aigrettes bordeados en pendoleros de azabache, anillos, agujas, estrellas, abanicos japoneses, etc. Los choncs seguirán también siendo de moda, y lo mismo los lazos.

El verde mar se mezcla mucho con terciopelo color dalia.

La tendencia es hacer los sombreros de invierno más voluminosos que los de este verano, pero un poco menos anchos.

El encaje ó tul dorado se empleará para los sombreros de teatro, sobre todo mezclado con negro.

ADELA P.



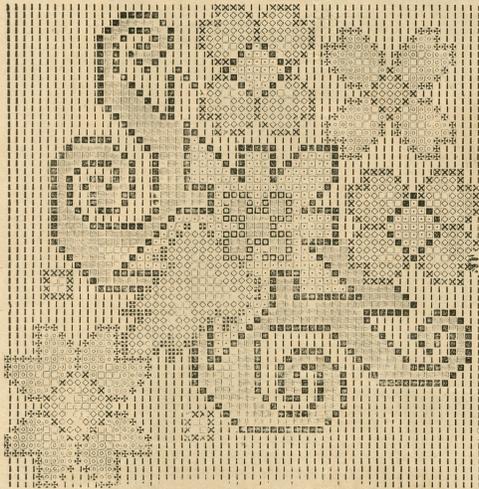
23.—Interior de la enagua.  
Véase el dibujo 22.



24 y 25.—Vestido bordado para niñas de 2 á 3 años.  
Delantero y espalda.  
Véase la explic. y pat. en el núm. III, figs. 23 á 28 de la  
Hoja-Suplemento á nuestro número anterior.



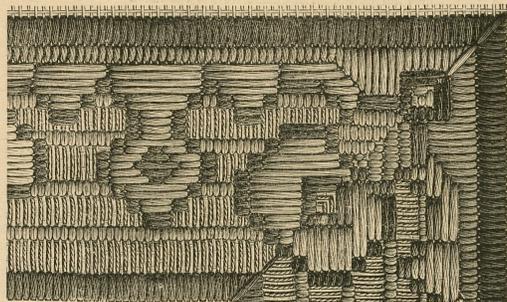
26.—Tapete pequeño. Véanse los dibujos 27 y 28.



28.—Bordado del tapete. Véase el dibujo 26.  
Explicación de los signos: □ aceituna oscuro; □ claro; + bronce oscuro; X mediano; □ claro; □ claro; □ azul gris oscuro; X claro; ■ rojo antiguo oscuro; □ claro; □ fondo.



22.—Enagua para falda de campana.  
Véase el dibujo 23.



27.—Cenefa del tapete. Véase el dibujo 26.



29 y 30.—Traje para señoras de cierta edad. Espalda y delantero.



31.—Traje para señoras jóvenes.



32 y 33.—Traje para señoritas. Espalda y delantero

EXPLICACIÓN DEL FIGURÍN ILUMINADO.

Núm. 34.

Corresponde á las Sras. Suscriptoras de la edición de lujo.

TRAJES PARA NIÑAS Y NIÑOS.

1. *Traje para niñas de 12 años*, que se compone de un pantalón largo y de un chaquetón de dril azul, con espalda de una sola pieza y delanteros abiertos sobre una camiseta interior de pañete blanco, rayado de galones azules. Cuello ancho á la marinera, de piqué blanco, guarnecido de tres hileros de galón azul. Manga de codo, con galones blancos y botones. Botones iguales en el borde de los delanteros. — Birrete de lana azul.

*Tela necesaria:* 3 metros 50 centímetros de dril, y un metro 50 centímetros de piqué.

2. *Vestido para niñas de 8 años*.—Este vestido es de crepón indelegable beige con lunares; se compone de una falda y de un cuerpo que forma aldeta y va estrechado en la cintura con un cinturón de cinta azul, cerrado en la parte inferior. De la espalda con un lazo de cinta. El cuerpo se compone del delantero de una sola pieza y la espalda cerrada en medio. Manga ajustada, de tela lisa, y manga corta, de tela plegada. Canesú añadido, de batista blanca fruncida, terminado en un volante de encaje blanco.—Sombrero de paja de Italia, adornado con cinta de raso blanco.

*Tela necesaria:* 4 metros de crepón, de un metro 20 centímetros de ancho, y un metro de batista.

3. *Vestido Imperio, de forma Princesa, para niñas de 12 años*.—Este vestido es de sarga rayada azul y blanca, pañete de los mismos colores y lanilla blanca. Delantero de una sola pieza, cerrado en la izquierda bajo el brazo, con pinza que indica el lado de delante. Espalda Princesa, que forma el vuelo de la falda. Chaquetilla Figaro, de talle corto, de pañete azul, con espalda de una sola pieza y delanteros abiertos en forma de V y cerrados en la cintura con un botón doble de plata. Cuello ancho, de lanilla blanca en forma de pantalla y montado como una chaquetilla Figaro; cuello alto de sarga. Manga de sarga, con bullonado doble, estrechado con un brazalete de pañete azul, y parte inferior de manga ajustada, del mismo pañete. Unas trenillas estrechas azules adornan la parte inferior de la falda y el cuello.—Sombrero de paja color de trigo, adornado con dos grupos de plumas amarillas que forman mariposa. Lazo de cinta de raso azul.

*Tela necesaria:* 4 metros de sarga; 80 centímetros de pañete, y 50 centímetros de lanilla blanca.

4. *Vestido para niñas de 9 años*.—Este vestido es de crepón de lana azul, y va guarnecido de entredoses de encaje blanco y cinta de raso azul. Blusa ancha, circundada de tres entredoses y compuesta de espalda plegada en el escote y cerrada en el centro entre los pliegues, y delantero de una sola pieza con vuelo fruncido en la parte inferior de un canesú con ajareados, añadido sobre la parte superior del delantero, el cual va abierto en forma de corazón y ribeteado de un entredós de encaje. Cinta cerrada en el centro del delantero con una rosácea de cinta que estrecha la blusa en la cintura y figura una punta que sube en forma de corsejillo en el centro de la espalda. Cuello alto de encaje. Manga bullonada, con parte inferior ajustada y guarnecida de un entredós de encaje.—Capelina de paja de Italia, adornada con cinta azul y con muselina de seda también azul.

*Tela necesaria:* 3 metros 50 centímetros de crepón, de un metro 20 centímetros de ancho.

5. *Vestido para bebés*.—Es de bengalina azul cobalto, adornada con bordado blanco y encaje también blanco. Cuerpo de blusa, montado con un canesú plegado y pliegues guarnecidos de un bordado estrecho. Bordado igual en la parte inferior de la blusa y en el cuello alto. Manga bullonada, estrechada con un puño estrecho abrochado.—Capelina de muselina blanca y encaje, adornada con cinta azul.

*Tela necesaria:* 4 metros 50 centímetros de bengalina.

6. *Abrigo ruso para niños de 2 años*.—Este abrigo es de crepón blanco, y va guarnecido de bordado blanco y de un cuello ancho, que se compone de una tira estrecha de batista plegada, terminada en un volante alto de guipur. El abrigo tiene la forma de una blusa ancha, con espalda recta y delanteros con cruce pequeño, cerrados con una tapa de bordado. Cinturón y puño del mismo bordado.—Sombrero de paja blanca, adornado con rosáceas de raso blanco.

*Tela necesaria:* 2 metros de crepón, de un metro 20 centímetros de ancho, y 40 centímetros de batista.

7. *Vestido y abrigo para jencitas de 13 á 14 años*.—El abrigo se hace de tela de lana labrada beige y mordorada; se compone de espalda y lados de espalda ajustados, y de-



(Croquis del figurín iluminado, visto de espalda.)

lanteros rectos que forman unas solapas anchas. Cuello estilo de sastrer. Manga al sesgo. En las caderas, abertura de bolsillo.—Vestido de crepón listado, azul y blanco, con cinturón-corsejillo de sarga plegado. Cuello vuelto, de bordado. Un entredós del mismo bordado adorna el dobladillo de la falda.—Sombrero de paja blanca, adornado con cinta azul y con geranio blanco.



(Croquis del figurín iluminado, visto de espalda.)

*Tela necesaria para el abrigo:* 2 metros 50 centímetros de tela de lana labrada, de un metro 20 centímetros de ancho.

EXPLICACIÓN DE LOS DIBUJOS PARA BORDADOS

CONTENIDOS EN LA HOJA-SUPLEMENTO.

Corresponde á las Sras. Suscriptoras de la edición de lujo.

1. Escudo para sábana con la cifra AM ó MA. Este dibujo es á propósito para bordar por el nuevo estilo conocido con el nombre de *fin de siglo*, y que consiste en combinar el realce con el punto de armas, adornos y calados.

Por ejemplo, la hoja *a* del remate se puede bordar del modo siguiente: Costilla, á realce y cordoncillo ejecutado á punto atrás con algodón.

El área interior, á plumetis ó punto inclinado á realce, también con algodón.

Luego, á raíz de la costilla, se hacen con el hilo perla unos puntos irregulares, uno largo y otro corto, llamado punto de armas, rellenando con éste la mitad de la hoja conforme el dibujo lo marca.

De igual modo se hace en el enjabado de realce cuando se borda en color.

El área sobre la que se destaca el citado detalle se contornea con algodón, y el fondo se rellena con punto fino llamado de arenilla, practicado con seda.

La hoja *b* puede bordarse haciendo el fragmento del primer término á punto de pluma, y el fondo á punto filipino, ó sea el enjabado graduado, empezándolo con hilo de hacer calados y mezclándole sucesivamente en proporción que se avanza hacia el contorno con el algodón.

El hilo llamado perla ó plata es muy parecido al hilo filipino, y el de Irlanda es el mismo que se emplea para hacer encaje.

Con la explicación anterior tienen ya muestras lectoras una guía para todos los demás motivos del bordado de carácter igual, tal como las florecitas que campean en el dibujo.

La hoja ó área central, así como todos los detalles que llevan punto de armas y arenilla, pueden ejecutarse con seda ó hilo perla, haciendo además con el mismo el contorno del área.

En el realce, al hacer el picado ó crespado que va indicado en uno de los detalles de la letra M, el mismo adorno; puede hacerse el relleno con seda, y el punto de cubrir con algodón, ó viceversa.

El efecto de este bordado puede calificarse, y así lo hacen los periódicos extranjeros que lo han dado á conocer, de *brillante* y de *eminente artístico*, debiéndose el primero de dichos títulos al brillo de la seda y el hilo perla que hace resaltar el bordado en el lienzo, dándole mucha luz y animación, y el segundo, á la circunstancia de producir el contraste estético del claroscuro y á la artística asociación del procedimiento filipino; todo lo cual hace que el sistema que nos ocupa no venga desvirtuado como arte decorativa, por la pesada monotonía del antiguo bordado en blanco cuanto á la entonación, y sobre todo, por su marcadísimo convencionalismo.

Recomendamos eficazmente á nuestras aplicadas lectoras no dejen de ensayar el estilo *fin de siglo*, seguros de que lo elegirán para sus bordados en blanco.

2 y 3. Cifras para sustituir á la del escudo anterior: PS, SP y TC, CT, respectivamente.

4. Limpiaplumas con el nombre Luis. Bórdese éste al realce enjabado y en sedas *filofloss* y rizada, combinadas.

5. Palla. Dibujo adaptado á las tres clases de bordado que pueden aplicarse al mismo con blanco, color y oro.

6 á 12. Pedro, Enrique, Juan, José, Francisco, Antonio, Salvador, nombres para suplir al del limpiaplumas citado.

**NUEVA** Perfumería RICA fabricada de materias primeras absolutamente naturales y garantizadas. PARIS, 245, rue St-Honoré, LENTHERIC, perfumista.

AGUA CONGOLANA PARA LOS CABELLOS

Nueva creación de Victor Vaissier: el Agua Congolana es un resucitante vegetal, progresivo y natural, que con seis ó siete aplicaciones bastan para dar á los cabellos grises ó blancos el mismo color que tenían en la juventud. Este producto único, soberanamente eficaz y muy recomendado por los médicos, no mancha la piel ni ocasiona dolor de cabeza, y está deliciosamente perfumado.

**PIANOS FOCKÉ**, MEDALLAS DE ORO. Victor Hugo, 83, Paris. Alquiler y venta. 83, Avenue

**POLVOS OPELLIA** adherentes, invisibles, exquisito perfume. Houbigant, perfumista, Paris, 19, Faubourg St Honoré, 19.

Contra Tos, Gripe (Influenza) Bronquitis, el JARABE y la Pasta de Nafé son siempre los Pectorales más eficaces. Todas Farmacias.

**ASMA**; CATARRO Curado con el **CIGARRILLO ESPIC** (Caja 2 fr.) por los **Ó el POLVO ESPIC**

**EAU d'HOUBIGANT** muy apreciada para el tocador y para los baños. Houbigant, perfumista, Paris, 19, Faubourg St Honoré.

Perfumería exótica SENET, 35, rue du Quatre Septembre, Paris. (Véanse los anuncios.)

Perfumería Ninon, V<sup>o</sup> LECONTE ET C<sup>ie</sup>, 31, rue du Quatre Septembre. (Véanse los anuncios.)

**NINON DE LENCLOS**

Reñase de las arrugas, que no se atrevieron nunca á señalarse en su epidermis, y se conservó joven y bella hasta más allá de sus 80 años, rompiendo una vez y otra su acta de nacimiento á la faz del tiempo, que en vano agitaba su guadiana delante de aquel rostro seductor sin poder mortificarle.—Este secreto que la gran coqueta egoísta no quiso revelar á ninguno de sus contemporáneos, ha sido descubierto por el doctor Leconte entre las hojas de un tomo de la *Historia amorosa de las Galias*, de Bussy-Rabutin, perteneciente á la biblioteca de Voltaire y actualmente propiedad exclusiva de la *Perfumería Ninon (Maison Leconte)*, 31, rue du 4 Septembre, 31, Paris.

Dicha casa entregó el secreto á sus elegantes clientes bajo el nombre de *Veritable Eau de Ninon* y de *Buget de Ninon*, polvo de arroz que Ninon de Lenclos llamaba «la juventud en una caja».—Es necesario exigir en la etiqueta el nombre y la dirección de la Casa, para evitar las falsificaciones.—La *Perfumería Ninon* expide á todas partes sus prospectos y precios corrientes.

Depósitos en Madrid: Aguirre y Molino, perfumería Oriental, Carmen, 2; Pascual, Arenal, 2; Artaza, Alcalá, 23, pral. 12; perfumería de Urquiola, Mayor, 1; Romero y Vicente, perfumería Inglesa, Carrera de San Jerónimo, 3, y en Barcelona, Sra. Viuda de Lafont é Hijos, y Vicente Ferrer.

**GOTA** Reumatismos, Dolores CORSE L'IBELULE. Ultima creación de Mme. Durolet, 101, rue Lafayette, proveedora de mo y el Elbir Duboué, r. raso: 5 fr. S. A. la Emperatriz de Austria. Corsas para señoras Venta: Farmacia, 6, R. Crozatier, Paris jóvenes y niñas, desde 20 francos.—Catálogo franco.

SUPRIMIENDO LAS ARRUGAS Y MANCHAS ROJIZAS

BRISA Exótica (agua ó pomada), no se limita á devolver al que la usa la juventud y la belleza, sino que conserva estos dones hasta los más extremos límites de la edad. *Parfumerie Exotique*, 35, rue du 4 Septembre, Paris.—Depósitos en Madrid: Artaza, Alcalá, 23, pral. 12; Pascual, Arenal, 2; Perfumería Urquiola, Mayor, 1; Aguirre y Molino, Preciados, 1, y en Barcelona, Sra. Viuda de Lafont é Hijos.

CABELLOS CLAROS Y DÉBILES

Se alargan, renacen y fortifican por el empleo del *Extrait Capillaire des Bonnetains du Mont Majella*, que detiene también su caída y retrasa su decoloración. E. Smet, administrador, 35, rue du 4 Septembre, Paris.—Depósitos en Madrid: *Perfumería Oriental*, Carmen, 2; Aguirre y Molino, Preciados, 1; Urquiola, Mayor, 1, y en Barcelona, Sra. Viuda de Lafont é Hijos.

**NUEVO PERFUME**  
**DATURA INDIEN**  
POLVO DE ARROZ  
ESENCIA PARA el PAÑUELO  
Perfumería Oriza L. LEGRAND 11, Place de la Madeleine, Paris

EL LADRÓN MISTERIOSO.

Una mañana os despertáis y echáis a falta el reloj, el bolsillo, otros objetos de valor y, sin embargo, ni vosotros ni ninguno de los individuos de vuestra casa ha oído el menor ruido durante la noche, ni hay tampoco huella de cómo el ladrón entró en la casa y salió de ella. Echáis a correr e informáis a la policía, y decidis al propio tiempo adquirir un perro y una escopeta. Con todo esto daréis a entender a los ladrones que, en lo sucesivo, harán bien en no volver a vuestra habitación: es un procedimiento racional; pero en el interin, sin embargo, vuestro reloj, bolsillo, etc., ya se han perdido.

Supongamos, con todo, que yo os dijese que ese ladrón que os robó lo que era vuestro no entró jamás en vuestra casa, que había nacido en ella; que había vivido en ella durante muchos años; y que nunca había salido de ella hasta el día en que se escapó con lo vuestro, aunque ni su alma humana le vio ni oyó jamás; supongamos, digo, que yo os dijese esto, y creeríais que me he vuelto loco. Pues bien; no juzguéis con tanta ligereza.

Aquí están algunos breves cartas. La primera dice como sigue: «Habiendo curado a mi hijo de su enfermedad, recibí su consejo de tomar el Jarabe Curativo de la Madre Seigel. Había ya observado los buenos resultados que de su uso se seguían, por casos de otras varias personas; pero hoy tengo el gusto de informar a usted que estoy completamente restablecido de mi enfermedad. Digeron los alimentos bien, y todos los órganos de mi cuerpo funcionan con perfecta libertad y regularidad. De usted afectísimo. (Firmado) FRANCISCO BRAVO. Calle de los Alamos, 20, Linares, provincia de Jaén. Abril 6 de 1893.»

La carta que antecede está dirigida a D. Diego Molina, farmacéutico, Linares.

La segunda carta, dirigida a los propietarios del remedio, es como sigue: «Permitan ustedes que les envíe las más expresivas gracias por haberme dado a conocer las virtudes del Jarabe Curativo de la Madre Seigel por medio de los anuncios en este país. Había estado sufriendo terriblemente de una enfermedad de estómago, y encontré un gran alivio desde el momento en que empecé a tomar dicho Jarabe. De usted afectísimo. (Firmado) AURORA CLEMENTE, calle del Duque de la Victoria, núm. 10, Málaga. Octubre 28 de 1892.»

Tercera carta: «He sufrido mucho de una enfermedad de los órganos urinarios, de la cual no había podido hallar cura, hasta que al fin, casi en la desesperación, compré una botella de 14 reales del Jarabe Curativo de la Madre Seigel. Ya no es necesario decir más; con ella experimenté al momento alivio, y ahora he restablecido por completo mi salud. Tengo siempre esta medicina en mi casa, y la he recomendado a todas las personas que he encontrado en mis viajes. De usted afectísimo. (Firmado) JESÚS VILANUEVA, (comerciante en quincallería), La Palma, Enero 29 de 1893.»

Y, por último, esta carta: «Escribo a usted para expresarle mi gratitud por los informes que con sus publicaciones me han proporcionado con respecto al gran mérito de su Jarabe Curativo de la Madre Seigel para todas las enfermedades del sistema digestivo. Habiendo sufrido de un grave dolor de estómago, probé dicho Jarabe, y estoy ya casi completamente bien, aun cuando me he usado todavía más que una botella de él. De usted afectísimo (firmado) JUAN MARQUÉS, calle Nueva, 37, piso primero. Sevilla, Diciembre 27 de 1892.»

Pues bien; todos estos casos no eran más que una sola y única enfermedad: indigestión y dispepsia, más ó menos desarrolladas. A menudo hablamos de veros (atacados) de enfermedad que así (esta nos asaltara desde fuera como podríamos ser asaltados por un hombre, pistola en el cinto) en mano. Este es el error que el Jarabe de nuestro artículo hemos tratado de destruir con la comparación del ladrón que había nacido en nuestra misma casa. Lo opuesto a ese error, es lo verdadero: la enfermedad se alimenta dentro, pero se manifiesta fuera; es como un ladrón que habita los bajos de nuestra casa, y se llama indigestión y dispepsia; y el sinnúmero de dolores que por él sufrimos, son hijos suyos.

La indigestión crea un veneno que se esparce por todo el sistema por medio de la sangre, lo mismo que la inmunidad es arrastrada por una corriente ó un río a muchas leguas de distancia de su origen. De la indigestión se derivan el reumatismo, la bronquitis, la tisis, los dolores de riñones, las afecciones nerviosas, la influenza, etc., cuyos especiales resultados dependen únicamente del lugar en que viene a fijarse el virus de la enfermedad. Así, pues, cualquiera que vuestra enfermedad sea, tomad el Jarabe Curativo de la Madre Seigel, que él limpia y corrige el estómago, y os devolverá la salud.

No perdáis tiempo, porque este ladrón no está nunca satisfecho con robaros la comodidad, sino que, a menudo, os roba también la vida.

Si el lector se dirige a los Sres. A. J. White, Limitado, 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviárselo gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias. Precio del frasco, 14 reales; frasco, 8 reales.

LA NOVEDAD

SE PLEGAN VESTIDOS Y ENCAJES EN EL PLEGADO ACORDEÓN. PLAZA DE LA CEBADA, NÚM. 13, PRINCIPAL.

TISIS BRONQUITIS CRONICAS, TOSES PERTINACES, CATARROS, Citación de EMULSION MARCHAIS.—MADRID, Melchor Garcia, BUENOS-AIRES, Demarchi 14.—MONTEVIDEO, Las Casas.—MEXICO, Van Den Wingerdt.

Kananga del Japon

RIGAUD Y Cia, Perfumistas

PROTEEDORES DE LA REAL CASA DE ESPAÑA

PARIS - S, rue Vivienne - PARIS



Agua de Kananga de Rigaud, loción refrescante para el tocador y el baño; vigoriza la piel perfumándola delicadamente y combate el cansancio y el abatimiento producido por el calor.

Extracto de Kananga de Rigaud, suavísimo y aristocrático perfume para el pañuelo, de grande persistencia.

Jabon de Kananga de Rigaud, grato y untuoso; conserva al cutis su tersura y nacarada transparencia.

Polvos de Kananga de Rigaud, impalpables y adherentes; blanquean la tez con elegante tono mate, preservándola del asoleo.

Depósito en las principales perfumerías de España y América.

No padecerá enfermedades en la BOCA

ni dolor de muelas el que use el elixir MENTHOLINA

que prepara el Dr. Andrea. Su uso emblanquea la dentadura, aromatiza el aliento, calma el dolor de muelas y fortifica las ENCÍAS.

La mentholina en polvo usada con el elixir aumenta la blancura de los dientes.

GRAN FÁBRICA DE DULCES DE MATIAS LOPEZ

PREMIADA CON 8 MEDALLAS

ÚNICA EN ESPAÑA que obtuvo DIPLOMA DE HONOR, la primera y más alta recompensa en el Gran Concurso Internacional de Bruselas, y Medalla de Oro en la Exposición de Barcelona. Compite en clase y precio con las fábricas más acreditadas de París y de los demás paises extranjeros. Se venden en las principales confiterías de España.

Fábrica: Palma Alta, 8, Madrid.

SUEÑOS Y REALIDADES

FOR D. RAMÓN DE NAVARETE.

La mejor recomendación de este amor. Libro que manifiesta que está escrito por el distinguido cronista de salones y teatros El Marqués de Valle-Alegre.

Elegante volumen en 8.º mayor francés, que se vende, á 4 pesetas, en la Administración de este periódico, Madrid, Alcalá, 23.

COMPIA LIEBIG VERDRO EXTRACTO de CARNE LIEBIG

Las más altas distinciones en todas las Grandes Exposiciones Internacionales desde 1867. FUERA DE CONCURSO DESDE 1885

Caldo concentrado de carne de vaca utilísimo y nutritivo para las familias y enfermos. Exigir la firma del inventor Baron LIEBIG de tinta azul en la etiqueta. Se vende en las principales Droguerías, Farmacias y Casas de Comestibles de España.

Perfumeria, 13, Rue d'Enghien, Paris.

POLVOS DE ARROZ

Recomienda los siguientes

MAGNOLIA — COUDRAY SUPERIOR OPOPONAX — VELUTINA — HELIOTROPO BLANCO — LACTEINA.

LA MODA DEL DIA Los Botones

IGUALES A las TELAS de las PRENDAS, adornan muy elegante y del mejor gusto, se fabrican en casa, en todas formas y años muy económicamente y sin desperdicio, con la admirable maquina

ECLAIR con privilegio. PARIS: EXP. UNIV. 89-90-91, ALORA 1889 Medallas Bronze y Fermeil. - 3 Medallas de ORO

Tanitas y Mesuras, en todas las partes de las personas que lo soliciten. ELEG. SCHERDING, 22, rue du Bouloir y 15, rue du Louvre, Paris

ULTIMA NOVEDAD EN PERFUMES INGLESSES.

CRAB APPLE BLOSSOMS

(Flor de manzana silvestre-Extra concentrada.)

- PERFUME: CRAB-APPLE BLOSSOMS.
- AGUA DE TOCADOR: CRAB-APPLE BLOSSOMS.
- SACHETS: CRAB-APPLE BLOSSOMS.
- POLVOS: CRAB-APPLE BLOSSOMS.
- JABON DE TOCADOR: CRAB-APPLE BLOSSOMS.

EXTRACTOS FINOS

- CORYLOPSIS, HENO, LILA BLANCA, ASPHODEL, ROSA BLANCA.

Se recomiendan por su fragancia exquisita y presentación elegante.



CROWN PERFUMERY CO., 177, NEW BOND ST., LONDRES.

De venta en Madrid: Perfumería Inglesa, carrera de San Geronimo 3; y en todas las buenas Perfumerías.

PAPEL FAYARDY BLAYN

ELMAS EFICAZ PARA CURAR IRRITACIONES del PECHO, RESFRIADOS, REUMATISMOS, DOLORS, LUMBAGO, HERIDAS, LLAGAS. Tópico excelente contra Gaflos, Ojos-de-Gallo. - En las Farmacias.

OBESIDAD CURACION CIERTA por las PILDORAS FUNDENTES de TH. GRAS

Suprimen toda Corpulencia. Muy eficaces. Inofensivos. Dosis, 9 r. Le Potelet, Paris

3 Medallas en las Exposiciones de 1878 y 1889

T. JONES

FABRICANTE DE PERFUMERIA INGLESA EXTRA-FINA

VICTORIA ESNCIA

El perfume mas exquisito del mundo. - Gran surtido de extractos para el pañuelo, toda misma calidad.

LA JUVENIL

Polvos sin ninguna mezcla química, para el cuidado de la cara, adherentes e invisibles.

CREMA IATIF

Se conserva en todos los climas; un ensayo hará resaltar su superioridad sobre los demás Cold-Creams.

AGUA DE TOCADOR JONES

Tónica y refrescante, excelente contra las picaduras de los insectos.

ELIXIR Y PASTA SAMOHTI

Dentíficos, antisepticos y tónicos, blanquean los dientes y fortalecen las encías.

23, Boulevard des Capucines, 23 PARIS

Depósito en todas las buenas Perfumerías